

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

¿por qué matar a Paula?

joe mogar



No lo esperaba y me sobresalté, y con aquel sobresalto empezó toda una historia.

Mala en unas partas y buena en otra.

Por lo menos el principio, que recordaría toda mi vida, si lo fue; eso desde luego.

Me encontraba sentado en el despacho de mi apartamento, examinando unos cuantos papeles, que debía entregar a primeras horas de la mañana siguiente en la oficina de la

C. I. B.

and Company, cuando sonó el zumbador de la puerta y eso, repito una vez más, fue lo que me sobresaltó.

Consulté el reloj.

Las doce de la noche.

Mala hora para recibir visitas.



Joe Mogar

¿Por qué matar a Paula?

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1059

ePub r1.1

Lds 22.02.18

Título original: *¿Por qué matar a Paula?*

Joe Mogar, 1970

Cubierta: Jorge Nuñez

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

No lo esperaba y me sobresalté, y con aquel sobresalto empezó toda una historia.

Mala en unas partas y buena en otra.

Por lo menos el principio, que recordaría toda mi vida, si lo fue; eso desde luego.

Me encontraba sentado en el despacho de mi apartamento, examinando unos cuantos papeles, que debía entregar a primeras horas de la mañana siguiente en la oficina de la

C. I. B.

and Company, cuando sonó el zumbador de la puerta y eso, repito una vez más, fue lo que me sobresaltó.

Consulté el reloj.

Las doce de la noche.

Mala hora para recibir visitas.

Y mucho peor cuando se está trabajando.

Fruncí el ceño.

El timbre de la puerta continuaba sonando, volví a consultar el reloj y me puse en pie. Crucé el despacho, atravesé el umbral para salir al pasillo y me acerqué a la que daba acceso a la salida.

No miré por la mirilla sino que abrí, llevando el ceño más fruncido que nunca, y ella quedó enmarcada en el umbral, mirándome fijamente con sus insondables ojos negros, fríos, herméticos, lejanos, como lo estaba ella misma a pesar de tenerla al alcance de mi mano.

Uno de esos abrigos «nueva moda», largo hasta los pies.

Nariz fina, boca de labios rojos y sensuales y un poco grande, encima de un redondo y voluntarioso mentón.

Y dos hoyitos en las mejillas que se marcaban cuando sonreía...

las pocas veces que lo hacía.

Continué mirándola sabiendo casi con exactitud lo que llevaba debajo de aquella especie de abrigo de entretiempo.

No decía nada, simplemente me observaba, como estudiándome, como si no me hubiera visto nunca cuando era lo contrario.

Esperando a que fuera yo el que dijera algo.

No lo hice.

Silenciosamente me aparté de la puerta y la invité con un ademán a que entrara.

Lo hizo, cerré a su espalda y me volví a mirarla.

Continuaba con sus ojos fijos en mí, desasosegándose con ellos a pesar de su fría y lejana expresión y me acerqué para ayudarla a que se quitara el abrigo.

Una blusa y una falda.

La más corta que yo había visto en mi vida.

—Gracias —dijo.

No contesté.

Me estaba haciendo infinidad de preguntas y no me gustaba ninguna aunque sólo fuera por el momento.

—Vamos, entre.

Me precedió al *living* y una vez más admiré la perfección de sus piernas envueltas en unas bonitas medias de malla negra cuando se volvió a mirarme.

—¿No se sienta, *miss* Templeton? —pregunté.

Bárbara Templeton.

Babs para todo el mundo menos para mí.

No sonrió, no dijo nada, sacudió levemente su hermosa cabeza rubia y despreciando los sillones se sentó en el sofá y sin dejar de mirarme y con gesto desenfadado cabalgó una pierna sobre la otra... y era fascinante de pies a cabeza.

Apenas lo hubo hecho fue cuando habló:

—Deme un trago, ¿quiere, míster Stillman?

John Stillman, ése soy yo, un empleado de la firma a la cual ella pertenecía como presidente del Consejo de Administración, allá en un número cualquiera de Wall Street.

—¿Le apetece un *whisky*? —pregunté a mi vez.

—Sí, claro. Me hace falta.

Le volví la espalda y me encaminé al pequeño bar instalado en

uno de los extremos del *living* y empecé a preparárselo.

Bárbara Templeton.

Veintidós años sobre un hermoso cuerpo de mujer rubia.

Una mujer que yo deseaba desde el primer día que la viera dos años atrás, pero mis sentimientos no contaban para ella; no contaban para nadie como no fuera para mí mismo.

Me volví con dos vasos en la mano y empecé a acercarme.

Me observaba con la misma desasosegante fijeza de un principio y desvié mis ojos de los suyos cuando alargué el brazo hacia ella ofreciéndole uno de los vasos.

Lo tomó.

—Gracias, míster Stillman.

Bebió un poco y las saetas negras de sus ojos continuaron fijas en los míos mientras lo hacía.

Al terminar señaló el sofá.

—Siéntese a mi lado, ¿quiere?

Me intrigaba su actitud.

De que venía de cualquier fiesta, de tal o cual club nocturno era obvio para mí.

Lo que deseaba era algo de lo que no tenía ni la más ligera idea, pero tenía que ser importante cuando se había atrevido a invadir mi apartamento a las doce de la noche.

No obstante, y en contra de mis deseos no pregunté.

Esperé a que dijera algo, a que dejara de mirarme de aquel modo, y mientras hacía cábalas y más cábalas al respecto, hice lo que me pedía.

Soltó el vaso y fue aquélla la única vez que desvió los ojos de los míos... para continuar mirándome tan pronto como lo hubo hecho.

—¿No tiene nada que preguntarme, míster Stillman? ¿No siente curiosidad por saber qué he venido a hacer aquí a esta hora?

Tomé mi vaso y bebí hasta mediarlo antes de responder.

—Estoy esperando que me lo diga usted, *miss* Templeton. Supongo que será algo importante o de no ser así...

—Lleva razón —me interrumpió—. Es importante.

—¿Y...?

Su rostro, tan hermoso como impasible nada me decía y nada me dijo hasta que respondió con la misma fría indiferencia que trataba todos sus asuntos fueran o no importantes.

—Empezaré por el que yo juzgo, por lo menos para mí, menos interesante.

No dije nada, continué esperando, y al fin lo soltó.

—Paula ha muerto.

Estuve a punto de ponerme en pie, pero me contuve con un sobrehumano esfuerzo de voluntad.

—¿Cómo fue?

—Asesinato, míster Stillman.

—¿Por qué matar a Paula? —pregunté—. ¿Quién diablos...? —me interrumpí para añadir a continuación—: Perdona, *miss* Templeton; algunas veces soy bastante ineducado.

Tampoco sonrió cuando dijo:

—No se disculpe. A mí también me gusta oír burradas como ésa y aun peores de vez en cuando.

Hubo una pausa entre los dos que rompí con una nueva pregunta:

—¿Cómo fue, *miss* Templeton?

—Ce un tiro disparado desde el jardín que da a espaldas de la quinta. Quizá con una automática de gran calibre.

Callé mientras mi cerebro trabajaba a marchas forzadas y ella añadió tal vez en vista de mi silencio:

—La policía querrá hablar con usted, míster Stillman.

La miré fijamente.

—Ellos saben mi domicilio, ¿verdad?

Se mordió los rojos labios y contestó:

—Sí, claro, pero... pero... la verdad es que la policía no sabe aún que Paula ha muerto. Me sobresalté sin saber por qué.

—¿No...?

—No, aún no —retrucó.

—¿Quiere explicarse, *miss* Templeton?

Vi cómo alargaba la mano de dedos largos y finos rematados en uñas bien cuidadas y no menos rojas que los labios para tomar el vaso, que llevó a la boca sin dejar de mirarme. Bárbara lo apuró lentamente y al terminar respondió:

—Fui yo la que descubrí el cadáver, míster Stillman —dijo—, y no avisé a la policía. —¿Por qué?

—Por la misma razón de que, de invertirse los papeles, usted tampoco lo hubiera hecho.

—¿No...? ¿Por qué?

—Por... por... Usted mantuvo relaciones con Paula, ¿no, míster Stillman?

Levanté una de mis cejas en señal interrogativa y en vista de que daba la callada por respuesta a mi muda pregunta la formulé de viva voz:

—Así es —dije—. ¿Por qué?

—Ellos querrán saber muchas cosas con respecto a los dos.

—¿Y eso por qué? —repetí.

—Querrán saber qué clase de relaciones fueron, por qué rompieron y sobre todo, por qué la mataron.

Bebí hasta terminar con el licor.

—Sí, lo sé, pero eso no quiere decir —nada.

—¿No...?

—No.

—No estoy tan segura, míster Stillman.

Dejé transcurrir unos segundos de silencio mientras ordenaba mis ideas sabiendo que llevaba razón y pregunté:

—¿La mató usted, *miss* Templeton?

Esperaba que no se alterara por la pregunta y no lo hizo.

Su rostro, bello en demasía, permaneció inalterable, lo mismo que sus ojos, frente al mío.

Pero dio de lado a mi pregunta para formular otra:

—¿Dónde estuvo esta noche, míster Stillman? Tampoco me alteró.

Era la pregunta de rigor, la que correspondía, la que más tarde o más temprano me haría la policía y contesté:

—En la oficina hasta bastante tarde.

—¿A qué hora salió de allí?

Hice una mueca.

—No lo recuerdo bien, ya que no miré el reloj, pero deberían ser sobre las diez o diez y media de la noche.

—¿Y después?

—Empecé a andar. Siempre lo hago.

—Sí, lo sé, pero la policía no lo sabe, míster Stillman.

—No, desde luego no.

Me miró pensativa y prosiguió al cabo de cuatro o cinco segundos de silencio:

—¿Solo?

—Sí, así es.

—¿Y vino directamente aquí?

—Sí.

—Lo que es una lástima, ya que por lo menos hubiera sido mucho mejor entrar en un bar y tomar un par de copas o un café. Los barmans siempre recuerdan las caras.

—No tenía por qué hacerlo, *miss Templeton* —dije.

—No, desde luego no, si no fue usted el que...

—¿De verdad cree que lo hice yo? —pregunté.

No respondió a mi pregunta sino que formuló otra.

—¿A qué hora llegó aquí, *míster Stillman*? Amoscado ya, respondí un tanto secamente:

—No lo sé. No acostumbro a mirar el reloj a cada instante, *miss Templeton*.

No dijo nada, se limitó a desviar sus ojos de los míos y los clavó en un punto inconcreto a mi espalda.

A mi vez callé, observándola a hurtadillas.

Piernas largas.

Y estaba preciosa, palabra.

—¿Por qué me mira así, *míster Stillman*?

Me sobresalté.

—¿Cómo la estoy mirando? —pregunté.

Continuaba con los ojos fijos en la pared que había a mi espalda cuando contestó:

—Como si quisiera... Como si quisiera... Bueno, no me gusta, ¿comprende?

—No.

Me miró ahora.

—Explique eso —dijo.

—No hay nada que explicar, *miss Templeton*. Usted es una muchacha muy hermosa y... tiene mucho que mirar. No es culpa mía.

No respondió.

Hasta que lo hizo, como obsesionada por una idea fija.

—¿Qué relaciones le unieron con Paula, *míster Stillman*? Es decir, si...

La interrumpí con un gesto.

—Nos prometimos.

—¿Nada más?

—Nada más, *miss Templeton*. Pero si fuera lo contrario, ¿importaría mucho?

—No, desde luego no. Ahora ella está muerta.

La miré con asombro.

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

Sacudió la cabeza.

—Nada. Fue solo un comentario que no conduce...

Me puse en pie y arqueó levemente una de sus elegantes cejas rubias.

—¿Sí...?

No respondí.

Di media vuelta y me acerqué al teléfono.

Tomé el auricular.

—¿Qué... qué es lo que va a hacer, *míster Stillman*?

Le dediqué una sonrisa que no fue devuelta, cuandoladeé la cabeza para enfrentarla.

—Llamar a la policía. No podemos dejarla allí...

—Pero...

—No se preocupe, que no sabrán ni quién llamó ni desde dónde.

No respondió, por lo que sin más levanté el auricular y disqué.

—Policía... ¿Dígame?

—Escuche con atención porque no repetiré —dije, y los ojos de Bárbara brillaron como los de un felino—. En la quinta de... —Di las señas y proseguí rápidamente—. Creo que se ha cometido un asesinato. Vayan allí, por favor.

—Espere. ¿Qué diablos...?

Corté la comunicación y me volví hasta enfrentarla.

—Ya está —dije innecesariamente.

Y fui a sentarme a su lado, más cerca que antes.

—Y ahora —proseguí en vista de su silencio—, ¿por qué vino a advertirme, *miss Templeton*?

—Bueno, Paula y usted, a pesar de que ya nada tenían que ver él uno con el otro, discutían, ¿no?

—Sí, así es.

—Ayer... Ayer también lo hicieron, y la policía lo sabrá cómo lo sé yo. Usted... Usted...

Se interrumpió sin atreverse a continuar y lo hice yo por ella.

—Dije que la mataría si continuaba por ese terreno, ¿verdad?

—Sí, así es. ¿Por qué la amenazó, míster Templeton?

Hice una mueca.

—Eso fue... una de esas cosas que se dicen sin pensar, sobre todo en el acaloramiento de una discusión.

—¿Me está diciendo la verdad?

—¿Por qué no iba a hacerlo?

Se encogió de hombros.

—¡Qué sé yo! —respondió.

No contesté ni Bárbara añadió nada más a lo dicho, por lo que un largo y pesado silencio se extendió entre los dos, hasta que lo rompí con una pregunta:

—¿Cómo descubrió el cadáver, *miss* Templeton?

Sus fijos y obsesionantes ojos se clavaron con insistencia en los míos.

—Me llamó por teléfono. Dijo que era importante que la viera esta misma noche y fui. La puerta de entrada estaba abierta y las luces encendidas. Entré en el *hall* y la llamé, y en vista de que no había respuesta empecé a buscar, hasta que la vi allí, en su despacho, caída en el suelo, con un balazo en el pecho izquierdo. Estaba muerta.

—¿Vio el arma?

—No.

—Usted dijo que posiblemente dispararon...

—Conoce la quinta, ¿verdad, míster Stillman?

—Sí, claro.

—En ese caso ya sabe lo que le quise decir.

Llevaba razón y no insistí.

Bárbara tampoco dijo nada.

Ahora, lo mismo que cuando entrara, me observaba fijamente mientras que sus grandes y rasgados ojos perdían toda expresión... y me pregunté en qué estaría pensando, y si estos pensamientos estarían relacionados conmigo de algún modo.

Era así, aunque esto no lo supe hasta varios minutos más tarde.

—¿Me contestaría a una pregunta, míster Stillman? —dijo repentinamente y sin dejar de mirarme.

—Sí, claro —repliqué sin saber adónde quería ir a parar.

—¿Con la verdad?

—Hasta ahora es eso lo que he hecho, *miss Templeton* —respondí, amoscado una vez más.

No respondió de momento, dudaba, hasta que venció sus dudas y dijo:

—¿Cuánto tiempo hace que me ama, *míster Templeton* que me desea?

La miré fijo, muy fijo, y comprendí que no se burlaba y que no preguntaba por preguntar, sino que lo sabía.

—¿Importa eso mucho? —pregunté a mi vez y con la voz ligeramente ronca.

Tampoco sonrió cuando deslizándose sobre el sofá se me acercó hasta rozarme.

—A mí sí —afirmó en un susurro.

Rodeé su talle con el brazo aún sin saber adónde quería ir a parar y ante mi estupor no protestó por el contacto.

—Hace mucho —dije—. Quizá... desde el mismo día en que la vi. En que vine a trabajar para usted, *miss*...

—Sí, es lo que supuse siempre —levantó la cabeza y sus labios se abrieron—. Yo también te amo, John, ¿comprendes? Y... tenía... tenía que dar este paso ahora, porque tú... tú... jamás me hubieras dicho nada. Una mujer siempre sabe eso, ¿comprendes?

—Bárba...

Me interrumpió.

—Mañana, cuando la policía te interrogue, querido, diles que... que sobre las nueve de la noche nos reunimos. En la calle y no en un bar, y que nos fuimos a dar un paseo en coche y... luego vinimos aquí...

Sus ojos y sus labios...

Cerca, muy cerca de los míos, y era obsesionante, como toda ella.

—Entonces... —pregunté haciendo un esfuerzo por serenarme, tratando al mismo tiempo que todo aquello entrara despacio en mi cabeza—, ¿vas a quedarte?

—Sí, John, voy a quedarme —dijo un segundo antes de aplastar sus labios contra los míos.

El cadáver de Paula caído sobre el suelo, en el centro de su despacho, con un tiro que le atravesaba el pecho derecho. Un tiro

que le partió el corazón, pero yo ni siquiera pensaba en eso sino en la que se me entregaba en una explosión de amor que estaba seguro de no olvidar jamás.

CAPÍTULO II

Callender.

La primera letra que componía la sigla de la compañía.

Lajos Callender.

Alto, rubio, atildado, de unos treinta años de edad y ya con algunas hebras de plata en las sienes.

Levanté los ojos de los papeles que había desparramados sobre la mesa de mi despacho y le miré cuando entró, sin llamar, porque para eso era uno de los directores de la compañía.

Director de Administración.

—Buenos días, míster Stillman —saludó—. ¿Ha venido ya *miss* Templeton?

—No, aún no.

Consultó su reloj de pulsera.

—Es extraño —dijo.

—¿Qué es lo que encuentra de extraño en el retraso de *miss* Templeton, míster Callender?

—Nada. Nada a no ser que... Bueno, todas las mañanas suele estar aquí a esta hora, ¿verdad?

Le miró fijamente, fui a decir algo pero él se adelantó a mis deseos, y con una nueva pregunta:

—¿Sabe lo ocurrido?

Tranquilo, frío, hermético, lo mismo que Bárbara lo estuviera la noche antes.

Desvié los ojos de los suyos hacia uno de los extremos de la mesa.

—Lo llevan los periódicos —dije, tan frío y hermético, aunque sólo fuera en apariencia, como él mismo.

—Sí, lo sé —respondió en el mismo tono—. Ahora, lo que no me

explico es, ¿por qué matar a Paula?

Le miré atentamente y pregunté:

—¿Algún motivo especial para que me haga esa pregunta?

Arqueó una ceja, vi la duda en sus ojos y finalmente respondió:

—No, ninguno.

Fui a decir algo, no recuerdo qué, pero no pude.

La puerta del despacho se abrió y volví a verla como la noche anterior.

Muslos largos, esbeltos, que se marcaban fuertemente debido a las negras medias y una de sus cortísimas minifaldas.

Ojos negros, grandes, rasgados, que asaeteaban, que eran completamente míos, como toda ella, y no venía sola.

No conocía al tipo que la acompañaba, pero sin saber por qué intuí que era de la policía.

—Buenos días —saludó.

—Hola, Batís —respondió Callender, mientras yo daba la callada por respuesta—. Vienes con un poco de retraso, ¿no?

Bárbara le sonrió, pero su sonrisa era fría.

Sin responder se volvió a su acompañante y presentó:

—Dum Brennan, teniente del Departamento de Homicidios de Nueva York —me miró, añadiendo—: Le encontré en la puerta cuando se disponía a subir. Al parecer, míster Brennan desea hablar con nosotros.

Preguntándome si ya lo habría hecho con ella, no respondí.

Esperé mientras Callender se adelantaba con la mano extendida.

—Celebro conocerle, teniente.

Se estrecharon las manos y me puse en pie, extendiendo la mía cuando ya los ojos grises del teniente se clavaban en los míos.

—Supongo que conocerá a míster Stillman, ¿verdad? —preguntó, mientras me la estrechaba.

Me puse en guardia a pesar de que respondí con la sonrisa en los labios.

—Ése es mi nombre, teniente.

Arqueó una ceja.

—¿De verdad? —preguntó.

No contesté, me dejé caer detrás del sillón notando fijos en mí los ojos de Bárbara y los de Callender.

—Deseo hablar con usted, míster Stillman —añadió.

—¿Por qué precisamente conmigo? —pregunté.

Me sonrió, pero su sonrisa no me gustó ni poco ni mucho.

—Por varias razones.

—¿Sí...? Bueno, dígame una.

—¿Puedo sentarme?

Le indiqué uno de los sillones, sin pronunciar palabra, y lo ocupó.

Al hacerlo, desvió los ojos hacia Callender y Bárbara.

—Me gustaría, y pido perdón por ello, *miss* Templeton —dijo—, hablar en privado con *míster* Still...

—Si no le molesta —interrumpió ella—, voy a quedarme. Me interesa oír lo que va a decirle a *míster*...

—Si él no tiene inconveniente...

No lo tenía y lo especificué así.

—De acuerdo, *teniente* —intervino Callender, cuando terminé de hablar—; me encontrará en mi despacho si desea algo de mí.

—Gracias. Y tenga por seguro de que será así, tan pronto como termine con *míster* Stillman.

Se volvió a mirarme mientras daba media vuelta y abandonaba mi despacho, y esperé. Fue muy poco, ya que Brennan formuló la primera pregunta casi al segundo siguiente y en tanto que Bárbara se sentaba en uno de los sillones, cabalgando una pierna sobre la otra con el mismo desenfado de siempre.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a *miss* Paula Richardson, *míster* Stillman?

—Ayer al mediodía —respondí, sin vacilar, lo que era verdad.

—¿Discutió con ella?

—¿Cómo sabe eso? —pregunté a mi vez.

Hizo una mueca y contestó:

—Las preguntas, si no le molesta, voy a hacerlas yo, ¿comprende?

—De acuerdo, *teniente* —repliqué—; desembuche.

—¿Discutió...?

—Sí —interrumpí—. Paula y yo discutíamos casi siempre.

—¿Por qué?

—Algunas veces, por causas sin importancia.

—¿Ayer también fue así?

Le miré fijamente en tanto que los ojos de Bárbara nos

examinaban alternativamente, quizá deseosa de intervenir, pero sabiendo que aún no había llegado su momento.

—¿Qué quiere decir, teniente?

Brennan frunció el ceño.

—Me refiero a si la discusión que ayer tuvo con *miss* Richardson careció de importancia.

—Como todas, así es, teniente.

Su ceño se frunció aún más y sus ojos se helaron.

—¿Tan sin importancia como para que la amenazara de muerte, míster Stillman?

No me desconcerté porque esperaba la pregunta.

—¿Quiere decirme cómo está tan seguro de que sus palabras corresponden a la realidad, míster Brennan?

—Tengo un par de testigos que lo afirman así. *Miss* Richardson le pedía algo y al parecer usted lo negó, ¿no?

—Sí, así es.

—Y al insistir, la amenazó de muerte, ¿verdad?

—Dije que... Bueno, de un modo u otro, fue así. ¿Va a acusarme de haberla asesinado por una simple amenaza?

—No lo sé aún —respondió—. Antes debo hacerle otras cuantas preguntas.

—Le escucho.

Guardó silencio durante varios segundos, lanzó una fugaz mirada a la silenciosa Bárbara y de nuevo me miró.

Fue entonces cuando preguntó:

—¿Dónde estuvo anoche, míster Stillman?

—¿Alguna razón para hacerme esa pregunta, teniente?

—Responda, ¿quiere?

Su voz, fría y sin matices, me envaró sobre el sillón.

Sabía ahora lo que estaba pensando sin equivocarme ni en una sola coma.

—Por ahí, teniente, dando un paseo.

—Especifique más.

—Creo que salí de aquí sobre las nueve y media —mentí—. Luego di un paseo y más tarde me encaminé a mi apartamento.

La siguiente pregunta de Brennan la esperaba porque era la más lógica dado el alcance de sus sospechas sobre mí.

—¿Solo, míster Stillman?

—Sí.

Fue en aquel momento cuando Bárbara intervino.

—Está mintiéndole a usted, teniente.

Los grises y fríos ojos del policía se clavaron en los negros y no menos fríos de ella.

—¿Sí...? —preguntó—. ¿Y cómo lo sabe usted, *miss* Templeton?

Bárbara sonrió levemente, en contraste con la frialdad de sus ojos, y contestó:

—Míster Stillman y yo nos encontramos en la calle sobre las nueve y media de la noche y fuimos a dar un paseo en coche.

—¿Y después...?

Con la misma frialdad aterradora de siempre, respondió:

—Fuimos a su apartamento, donde nos tomamos un par de *whiskys*.

—¿Y...?

—¿Qué significa ese «y», teniente Brennan?

El del Departamento de Homicidios tardó varios segundos en contestar.

—¿Quiere decir que...?

Bárbara se puso en pie y le interrumpió.

—Exactamente lo que está pensando, teniente —dijo—. Me llevó allí y pasamos la noche juntos. Esta mañana, míster Stillman se personó primero en este despacho —le sonrió, añadiendo—: Una mujer, teniente, siempre tarda en arreglarse bastante más que un hombre, ¿comprende?, y se nos estaba haciendo tarde. —Retrocedió hasta la puerta que daba acceso al suyo y continuó—: Si me necesita para algo, me encontrará detrás de esa W puerta.

Brennan no respondió.

Me miraba.

Y no pronunció palabra hasta que ella cruzó el umbral, cerrando suavemente a su espalda.

—Un hombre que tiene suerte con las mujeres, ¿verdad, míster Stillman?

—No le entiendo a usted.

Pero mentía con todo cinismo.

Se puso en pie sin responder y se volvió hacia la puerta.

No me moví, esperando sin saber qué.

Brennan puso la mano sobre el tirador, la abrió y se volvió a

mirarme.

—Una mujer rica que fue su prometida y que ahora ha muerto, y otra, a la que convierte en su amante. Pida a quien sepa que no le ocurra nada a esta última.

Salió sin que pudiera responderle.

Continué sin moverme, pensando, hasta que fijé mis ojos en los papeles que había sobre la mesa, y empecé a trabajar, pero apenas si podía darme cuenta de lo que hacía.

La voz de Bárbara, viniendo a mí a través del intercomunicador, me interrumpió:

—John...

Acariciante, suave como el terciopelo.

—¿Sí...?

—¿Estás solo?

—Sí, claro.

—Ven. Quiero hablar contigo.

Me puse en pie, rodeé la mesa y me encaminé hacia la puerta que daba acceso a su despacho y entré sin llamar.

La vi lo mismo que siempre la había visto, pero ahora, en contraste con veces anteriores, me estaba sonriendo.

Cerré a mi espalda y me acerqué.

—¿Dónde está ese teniente, John? —preguntó.

Me encogí de hombros y contesté:

—No lo sé, pero apostaría que fue al despacho de míster Callender.

—¿Qué fue lo que te dijo?

Lentamente, se lo expliqué, incluyendo sus palabras de despedida.

Al terminar, Bárbara estaba riendo.

—¿Te divierte?

—¡Claro que sí, querido!

—Pues a mí, no. Ni mucho menos. A nadie le hace gracia que...

—Lo sé —me interrumpió—, y perdona.

Hice una mueca, me acerqué más y pregunté:

—¿Dentro de la empresa, Babs, es un delito muy grave el besar, en el interior de su propio despacho, a la presidenta del Consejo de Administración?

—Rodea la mesa y acércate, ladrón —dijo, suavemente— y

puede que te demuestre cómo besa una mujer al hombre que ama.

Lo hice y ya a su lado deslicé mis manos desde sus redondos hombros hasta su cintura, mientras me ofrecía los labios.

Un leve carraspeo a mi espalda nos separó con violencia y ambos, sin pronunciar palabra, nos volvimos a mirar.

Iris.

Mistress Iris Owen, esposa de Jim.

Morena, de ojos azules, casi tan alta como Bárbara pero algo más joven.

Veintinueve años, casada con uno de los principales accionistas de la empresa, y otra de las letras que componían la sigla de aquella.

De senos orgullosos, estrecha cintura y piernas largas y perfectas, enfundadas ahora en un negro y acampanado pantalón cuyas vueltas descansaban sobre unos zapatos del mismo color y de alto tacón.

Una blusa con tanto o más escote que la de Babs.

Nos estaba mirando alternativamente por entre sus entornadas pestañas, y sin esfuerzo alguno adiviné lo que estaba pensando.

A mi lado, Babs contenía la respiración, pero sus ojos y su rostro se mostraban impasibles.

De los tres, fue ella la que primero rompió el silencio.

—Perdona, Babs —dijo—. Debí llamar antes de...

Ella la interrumpió:

—No importa, Iris —dijo—. La verdad es que míster Stillman y yo estamos prometidos. Ni sus ojos ni su rostro acusaron la sorpresa que debería sentir, quizá porque lo adivinó tan pronto como nos sorprendió el uno en los brazos del otro.

Nos felicitó, para en el acto empezar a tratar el tema que a todos nos interesaba, y empezó con la pregunta de rigor:

—Ya saben que mataron a Paula, ¿verdad? Es... es horrible... y ese teniente, también.

—¿Lo vio usted, *mistress* Owen?

—Sí, claro. Me preguntó dónde se encontraba el despacho de míster Callender y le indiqué el camino. Sólo entonces preguntó por mi nombre y dijo... dijo que deseaba interrogarme. Que por favor no abandonara el edificio sin verle a él. Pero... ¿qué porras se ha creído ese tipo?

—¡Iris!

Miré a Bárbara, que a su vez la estaba mirando a ella.

—Perdona, Babs, pero ese policía me ha puesto los nervios de punta. —Se dejó caer en uno de los sillones, cabalgó una pierna sobre la otra y nos miró. Al hacerlo, prosiguió—: ¿Por qué matar a Paula, Babs? ¿Tú lo sabes? Ella... ella no tenía un solo enemigo. — Me miró fijamente y dejó caer la bomba que necesariamente debería llevar preparada desde mucho antes de aparecer por allí—: Ningún enemigo como no fuera el propio míster Stillman, aquí, presen...

Babs la interrumpió en tono seco:

—Ahórrate las insidias, Iris —dijo—. Míster Stillman y yo pasamos la noche en su apartamento. Nos encontramos a las nueve treinta de la noche y ya...

—¡Bárbara!

Los negros ojos se abrieron mucho.

—¿Qué, Iris? ¿Acaso te sorprende?

No contestó. Se puso en pie, me miró fijamente y dijo:

—Perdone, míster Stillman. Mi marido siempre ha dicho que no sé sujetar la lengua, y empiezo a comprender que lleva razón.

Dio media vuelta, se acercó a la puerta y desde allí se volvió a mirar a Babs.

—Pequeña —continuó—, hago extensivas mis palabras a ti. Y ahora... voy a ver si me divierto un poco con ese teniente de Homicidios. Cierto que me duele la muerte de Paula, pero no menos cierto que... que... la vida en el interior de estas oficinas se hace sumamente pesada.

Salió sin esperar contestación y Bárbara y yo nos miramos.

El resto de la mañana, hasta la hora de la comida del mediodía, la pasé como otras veces: encerrado entre las cuatro paredes de mi despacho; pero confieso sin rubor alguno que no pude prestar ni la más leve atención al trabajo que tenía que realizar, por lo que me abstuve de hacerlo.

No vi a Bárbara cuando lo abandoné, camino de la calle.

Una hora antes vino, me besó, me dijo que tenía que salir y ya no regresó.

Exactamente lo mismo ocurrió con Iris Owen, con el teniente Brennan y con los otros miembros que terminaban de componer la sigla.

Una sigla que ya empezaba a ser trágica.

Paula Richardson, la hija del viejo Alf Richardson, el promotor de la empresa. Sus dólares, en principio, fueron los que le dieron impulso. Luego, ya más viejo, delegó en su hija Paula, y ahora ella había muerto.

Aquel capital, exorbitante a mi juicio y al de cualquiera, iría a parar al Pisco, ya que Paula no tenía heredero alguno.

Se me contrajo el estómago al imaginarlo, pensando un tanto cínicamente que los que a ella le sobaban, me hacían falta a mí y a otros muchos que como yo tenían que trabajar diez y doce horas al día para poder cubrir algunas necesidades que los demás, los que lo tenían todo, tildaban de lujosas.

Alcancé la calle.

La acera, el indiferente público que iba de un lado para otro sin pensar siquiera que la dueña de aquel imponente edificio de Wall Street, dedicado exclusivamente a oficinas, la noche anterior había sido asesinada de un balazo en su quinta de ladrillo rojo de la carretera 23 Oeste.

A cinco millas escasas de Nueva York.

Empecé a andar en dirección al pequeño restaurante donde almorzaba todos los días, y, como esperaba, fue la misma «mesera» de piernas de ensueño la que me preguntó:

—¿Qué le sirvo hoy, míster Stillman?

Forcé una sonrisa en respuesta a la suya y pedí el menú.

Diez minutos más tarde empecé a comer, pensando que la comida me hubiera sentado mucho mejor de encontrarme acompañado de Bárbara.

La mediaba cuando la «mesera» se me acercó.

—Míster Stillman —dijo—, le llaman al teléfono.

La miré con el ceño fruncido.

—¿Quién? —pregunté—. ¿Se lo dijo?

Sonrió.

—No, pero es una mujer.

Pensando que era Bárbara, me puse en pie mientras daba las gracias.

Crucé por entre las mesas y ella añadió, casi a mi espalda:

—Cabina número tres, míster Stillman.

No respondí.

Entré después de empujar la acristalada puerta y tomé el auricular.

—¿Babs...? —pregunté.

Hubo unos segundos de silencio y entonces oí la respuesta:

—¿Míster Stillman...?

Voz desconocida, levemente ronca, pero de mujer.

—Sí, yo mismo —respondí.

Siguieron otros tantos segundos de silencio y la misma voz añadió:

—Venga a verme esta noche, ¿comprende?

—No.

—Se lo explicaré dentro de unos segundos, si no me interrumpe.

—Correcto, la escucho.

Una vez más, guardó silencio, y por tanto transcurrieron varios segundos más antes de que se decidiera a decir:

—Me encontrará en Central Park a las nueve y treinta de la noche, y allí hablaremos. ¡Ah! Lleve diez de los grandes. El asunto lo merece. Y vaya solo o... habré desaparecido cuando llegue.

—No tengo esa cantidad.

—Si el saber el nombre del asesino de Paula Richardson le interesa, usted encontrará esos dólares. Y... repito, venga solo.

—¿Quién es usted?

Hasta mis oídos llegó una sofocada risa y luego sus palabras:

—Ya lo verá, míster Stillman, y apuesto a que se sorprenderá.

No me cabía la menor duda de que estaba en lo cierto, pero no se lo dije.

—Me va a ser muy difícil encontrar esos dólares. A esta hora, los Bancos están cerrados y en mi cuenta...

—Tiene quince mil, míster Stillman. Como ve —dijo, ante mi asombro e interrumpiéndome—, estoy bastante bien enterada de sus cosas, ¿no? —Hizo una ligera pausa y añadió al cabo de la misma—: Y nada de policías.

No respondí porque no pude, ya que a continuación de sus palabras finales oí claramente cómo cortaba la comunicación.

Pensativamente, miré el auricular que tenía en la mano y acto seguido lo deposité sobre su soporte.

Regresé a la mesa y al sentarme me di cuenta de que había perdido el apetito.

CAPÍTULO III

Aquella tarde tampoco pude ver a Bárbara, por lo que tan pronto como abandoné la oficina empuñé el volante y fui a mi apartamento, donde me cambié de ropa luego de darme una ducha.

Cuando de nuevo me encontré en la calle, frente al volante de mi coche, eran exactamente las nueve y diez minutos de la noche.

Conduje a Central Park.

Estacioné frente a una de sus puertas y consulté el reloj.

Faltaban seis minutos para la hora de la cita, y aunque me dije que mi desconocida informante ya estaría allí, no me moví del interior del «Opel Kapitan».

No lo hice hasta la media en punto.

Descendí y entré en el parque.

Silencioso, vacío, muy al contrario de cómo se encontraba en pleno día.

La vi cosa de quince minutos más tarde, y no sentada en uno de los bancos, donde necesariamente debería estar.

Tampoco la vi al primer intento, ya que primero fueron unos zapatos con la puntera hacia arriba y el resto oculto por un espeso macizo de flores.

Unos zapatos de mujer.

Sin saber aún a ciencia cierta lo ocurrido allí, el corazón me dio un vuelco y entonces me acerqué, rodeé el macizo y la vi.

Caída en el suelo, con los ojos espantosamente fijos en las copas de los árboles que había sobre nuestras cabezas, y estaba muerta.

Lorna Perkins, la telefonista de la empresa, había muerto del mismo modo que Paula: de un balazo que, atravesándole el pecho izquierdo, le había partido el corazón.

Sentí náuseas y miedo, y como una rata acorralada miré

alrededor, tratando al mismo tiempo de escuchar cualquier clase de rumor que me llegara al oído, pero la tarea fue vana.

El silencio continuaba siendo impresionante.

Lentamente primero, y más deprisa después, me aparté de allí y regresé al «Opel». Empuñé el volante.

La telefonista... ¿por qué?

Era obvio, luego de lo que afirmara por teléfono.

Pero ¿quién diablos la oyó hablar conmigo?

Desde luego, el asesino.

¿Quién...?

Incapaz de contestarme a aquellas preguntas, di el encendido y arranqué.

Media hora más tarde me encontraba en pleno Broadway, buscando uno de sus muchos clubs nocturnos.

El Manila fue el elegido, y no porque me gustara más que ningún otro, sino porque allí solía reunirse la flor de la compañía a la que pertenecía desde hacía tres años.

Salté del coche sobre la acera, crucé hacia el otro lado y entré.

El mismo espectáculo de todas las noches.

La exótica belleza de Dinah

O'Sullivan,

danzando en la encerada pista una danza japonesa de abanicos en la semipenumbra en que la sala se encontraba en aquel momento.

Empecé a cruzar hacia la barra, desviando mis ojos pecadores de su hermoso cuerpo de sirena.

—*Whisky* —pedí, en un susurro, frente a la presencia de un barman, que se me acercó solícito apenas si me vio encaramarme sobre uno de los taburetes.

A mi espalda, los abanicos que cubrían a Dinah estaban cayendo sobre la pista.

No me volví.

Tomé el vaso y empecé a beber.

Paula Richardson y Lorna Perkins.

¿Por qué matar a la primera?

¿Quién y por qué?

Los aplausos atronaban a mi espalda, pero ni siquiera me di cuenta de aquello ni tampoco cuando Dinah se inclinó para recoger las prendas que la cubrían para alejarse a continuación hacia su

camerino.

Las luces se encendían.

Parpadeé un tanto deslumbrado.

Silencio.

Levanté el vaso y empecé a beber.

Una mano, pequeña, suave, de uñas largas y nacaradas, sobre mi brazo, pero no eran las de Bárbara.

Aquéllas las conocía demasiado bien.

Levanté la cabeza para mirar.

Iris Owen y su sonrisa tan sensual como su boca vagando por entre sus rojos labios.

—Buenas noches, míster Stillman —saludó—. No esperaba verle esta noche por aquí.

—Buenas noches, *mistress* Owen —respondí al saludo—. ¿Por qué no?

—Bueno, al no ver a la pequeña Babs, me dije... —Se interrumpió a sí misma y preguntó, tras una ligera pausa—: ¿Me acompaña a mi mesa?

La miré a los ojos.

—¿Está sola?

—Sí, claro. Jim tiene bastante trabajo ordenando los papeles de la propia Paula. ¿Sabe que le ha nombrado su albacea testamentario?

Me asombré, pero no se lo dije.

—No, no lo sabía —respondí—. Y dígame, *mistress* Owen, ¿cuándo lo han sabido ustedes?

—Hace un par de horas. ¿Viene?

Tomé el vaso de *whisky* con una mano y la seguí hasta una de las mesas cercanas a la pista, lo solté, arrastré una silla para que se sentara y luego lo hice yo, a su lado, dando cara a aquella misma pista.

Nos miramos a los ojos y de un modo repentino fue ella la que tomó la iniciativa cuando con los ojos brillantes inclinó la cabeza hacia mí, llevando los labios entreabiertos, y la besé suavemente.

—Es usted terrible, John —exclamó, separándose de mí—. Me estoy preguntando qué dirá Bárbara cuando se lo diga.

—¿Piensa hacerlo? ¿De verdad?

Sonrió, mostrándome sus blancos y perfectos dientes, y sabía

sonreír.

—¡Cierto que sí! —respondió—. Le diré algo más.

—¿Y es...? —la alenté.

—Que le ate corto. Primero, Paula, y ahora me besa a mí. ¿Qué intenta, míster Stillman, seducirme?

No respondí porque, a pesar de sus frases, de su broma y de su atrevimiento, sólo una cosa contaba para ella: Paula.

Eso era todo.

Deseaba que aquélla fuera la conversación que debíamos sostener e interiormente me dije que no debía defraudarla.

—Paula ya no cuenta, *mistress* Owen —dije.

Su sonrisa se amplió, y el brillo de sus ojos, también.

—Ya lo sé. La mataron, y aun ahora me estoy preguntando por qué y, sobre todo, quién lo hizo.

—Usted creyó que fui yo, ¿verdad?

Me miró de frente.

—Llámeme Iris, John —dijo—. Y sí, lleva razón, pero me equivoqué. Babs se encargó de poner las cosas en su sitio. —Dudó unos segundos y después dijo exactamente lo que deseaba decirme desde un principio—: Ese teniente... Brennan creo que se llama, estuvo haciéndome preguntas sobre usted.

Tomé el vaso y terminé con su contenido.

—¿Sí...? —dije, al depositarlo sobre la mesa.

—Sí, así es. ¿No quiere saber qué?

Me encogí de hombros.

—No es una cosa que me preocupe demasiado, Iris. Mi coartada es perfecta.

—Lo sé... si es que Bárbara no mintió.

—¿Por qué tenía que hacerlo?

—El teniente Brennan opina que por encubrirle a usted. Por amor... si es que verdaderamente le ama.

Yo sabía que sí, pero no quise ahondar en aquel punto.

—¿Qué le contestó usted, Iris?

—Que le creía incapaz de matar, aunque no de enamorar a cualquier mujer que se tropezara con usted.

—Muy halagador —repliqué fríamente—; lo que en otras palabras quiere decir que a usted le ocurrió igual. ¿No es así, Iris?

En contra de lo que esperaba, no se enfadó.

—Así es, querido —fue lo que dijo, poniéndose en pie—. Y ahora, mécame en tus fuertes brazos. Vamos, John, lléveme a bailar.

La prendí por la cintura tan pronto como la tuve en el centro de la pista y empezamos.

Mi mente, lejos de allí, recordaba a Lorna Perkins.

Mediábamos el bailable cuando noté cómo se crispaba entre mis brazos y la miré, para a continuación seguir la dirección de sus ojos.

Entonces le vi, sentado en la misma mesa que ocupábamos nosotros, observándonos fijamente, con el cigarrillo entre los dedos de la mano izquierda.

No dije nada al comprender que Iris también lo había visto, por lo que de los dos, fue ella la que primero rompió el silencio.

—Ahí tiene a míster Callender —dijo—. Sentado en la misma mesa que nosotros. En nuestra mesa.

—Ya lo he visto —respondí.

Callamos y continuamos con el bailable.

Cuatro minutos más tarde, los dos muy juntos, pero sin tocarnos, nos acercamos a la mesa.

Los ojos de Callender se mostraron inexpresivos cuando se puso en pie para recibirla.

—Buenas noches, *mistress* Owen. —Le acercó la silla para que se sentara y me miró—. ¿Una nueva conquista, míster Still...?

Los ojos de Iris se oscurecieron.

—Si va a ponerse desagradable, míster Callender —dijo, secamente—, será mejor que nos deje en paz a míster Stillman y a mí.

—Disculpen ambos —dijo, y sonrió—. Fue una broma. De mal gusto, si quieren, pero una broma.

Alrededor nuestro, las parejas empezaban a danzar.

Callender se inclinó sobre Iris.

—En prueba de que me ha perdonado —dijo—, acepte bailar conmigo, ¿quiere?

Se levantó e hice lo propio.

—Disculpe, John. Volveremos pronto.

No respondí.

No me preocupaba ni poco ni mucho lo que pudieran tardar ni lo que... hicieran los dos.

Meditaba.

De nuevo el nombre de Paula saltaba a mi mente unido al de Lorna.

La dueña y la empleada.

Una conexión que estaba clara para mí como también lo estaría para la policía cuando lo supiera, aunque no sería yo el que lo dijera.

Y un albacea testamentario.

No me entraba en la cabeza por qué Paula había nombrado a Jim Owen, ni a quién le habría dejado su fortuna.

Tal vez a los miembros del Consejo de Administración o a un asilo de perros y gatos.

Dado el carácter de Paula, lo último era lo más lógico.

Se habían dado mucha prisa en abrir el testamento, y en esto veía la mano del teniente Brennan.

Buscaba un motivo y creía encontrarlo allí.

Sentí tentaciones de reír al creer adivinar la cara que pondría al ver el nombre de tal o cual perro o gato.

Sería curioso y hasta divertido ver la cara que pondría.

—¿En qué piensa, John?

Levanté los ojos para mirarla.

—En todo lo ocurrido —dije, sin mentir, matando de este modo la sonrisa que había en su boca. Y me puse en pie, enfrentándola—. ¿Se viene conmigo?

Arqueó una ceja.

—¿A dónde? —preguntó.

Y fue entonces cuando vi cómo la mano de Callender la sujetaba por el brazo.

—A su casa. Puedo acompañarla, si lo desea.

Abrió mucho los ojos, con asombro.

—¡No me diga que se marcha tan pronto!

Lorna Perkins y Paula Richardson.

La verdad era que no estando Bárbara allí, había perdido las ganas de divertirme, si es que las había tenido alguna vez a raíz de lo ocurrido.

—Estoy cansado —dije—. ¿Si quiere...?

Me sonrió.

—Míster Callender y yo vamos a quedarnos otro poco más.

—En ese caso, perdonen.

Volví la espalda y empecé a alejarme, notando en mi espalda las saetas de sus ojos; pero no me importaba: los recuerdos saltaban a mi mente, borrando del interior de mi cerebro todo lo demás.

Alcancé el «Opel», fui a abrir la portezuela y entonces la vi, a mi lado, y me pregunté de dónde habría salido para encontrarse allí, y mucho más teniendo en cuenta que todavía no había terminado su actuación por aquella noche.

—Buenas noches, míster Stillman —dijo, sonriendo.

Minifalda y largas piernas.

Muslos morenos, desnudos, ya que las medias brillaban por su ausencia, y su pelo color caoba cayéndole sobre los hombros en cascada inigualable, y volví a verla, bien a mi pesar, como alguna noche que otra la viera en la encerada pista del Manila.

Ojos grandes, rasgados, inmensos, intensamente verdes, y que me sonreían lo mismo que su boca, de labios gordezuelos y húmedos.

Veintiún años sobre las fascinantes curvas de una mujer cuya belleza saltaba a las primeras páginas de los periódicos neoyorquinos.

—Buenas noches, *miss*

O'Sullivan

—dije.

—¿Sorprendido?

—Sí, así es. No esperaba verla, máxime si se tiene en cuenta que...

Me interrumpió.

—Por esta noche, míster Stillman —dijo—, ya terminé mi actuación.

—¿Y...?

—Si me lleva, se lo agradeceré.

Me acerqué al coche para abrir la portezuela, y pregunté:

—¿A dónde?

—A mi apartamento de la calle 17. Como ve, no muy lejos de aquí.

Le indiqué que entrara, lo hizo, se sentó y admiré sus piernas, una vez más, y admirándolas me coloqué frente al volante y arranqué.

Al hacerlo fue cuando comprendí que ella deseaba decirme algo de Paula, pero no di facilidad alguna.

Habló exactamente a los sesenta segundos de que el «Opel» se apartara del bordillo de la acera y empezara a rodar hacia su apartamento.

—¿Quién mató a Paula, míster Stillman? —preguntó.

La miré a través del retrovisor.

—¿Por qué me lo pregunta?

—Tal vez porque sé que ella le amaba a usted a pesar de que rompieron.

—¿Sí?... ¿Y cómo sabe eso, *miss*...?

—Llámeme Dinah, míster Stillman. Y también puede tutearme, si lo desea.

Me asombré.

—De acuerdo, Dinah —dije, observándola de vez en cuando a través del retrovisor—. ¿Cómo lo sabe us...?

—Paula me lo dijo infinidad de veces. Y lo que siento... es que usted fue tan imbécil como para no comprenderlo así.

—Ella y...

—Sé todo eso, míster Stillman, pero a pesar de todo, a quien amaba Paula era a usted, y ahora... ahora la han matado.

Callé por espacio de varios segundos y pregunté al término de los mismos:

—Eso me da a entender que eran amigas, ¿verdad?

—Sí, así es. Del grupo, ella fue la única que me trató como a una igual.

—¿Y los demás...?

—Poco menos que a algo que es de todos y al mismo tiempo de ninguno. ¿Me comprende?

—¿Y no es así, Dinah? —pregunté a mi vez.

No me contestó, no lo hizo hasta que no detuve el coche frente al edificio donde tenía su apartamento.

—Suba conmigo y le demostraré cómo soy a pesar de mis actuaciones en público, míster Stillman.

Me quedé de una pieza con los ojos fijos en su bello rostro y en sus incitantes labios, que sonreían.

—Me temo, Dinah, que esta noche no va a poder ser.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por Bárbara Templeton?

Arqueé una ceja, violentamente sorprendido.

—¿También sabe eso, Dinah?

—¿El que la presidenta del Consejo de Administración de esa empresa está enamorada de usted? Claro que sí. La misma Paula me lo dijo.

Tardé varios minutos en contestar, y cuando lo hice, fue para decir:

—No es por causa de ella, pero esta noche no...

—¿Ni aun si arriba le digo quiénes son los beneficiarios del testamento?

Salté sobre el asiento del coche, pero ella no pareció darse cuenta del hecho, ya que su rostro no cambió de expresión.

—¿Quiénes, Dinah? ¿Quiénes heredan su fortuna? ¿Cómo lo sabe?

—Paula, querido —respondió, abriendo la portezuela de su lado—. Siempre Paula. ¡Ah!, no se molestó en salir para ayudarme a descender. Lo haré sola. No me gusta..., hasta cierto punto, el modo como mira mis piernas.

—No use minifalda.

—Sería lo mismo, míster Stillman. Al parecer, de las mujeres, para usted, es eso lo único que cuenta.

—¿Palabras de Paula? —pregunté.

—Sí, así es.

Descendió del coche y desde la acera me miró.

—¿Se decide, John...?

No respondí, por lo que dio media vuelta y empezó a alejarse.

La dejé marchar con el pensamiento revuelto en un torbellino de encontrados sentimientos.

Tan pronto como la perdí de vista detrás de la puerta que daba acceso al portal del edificio arranqué y lentamente empecé a conducir hacia la calle 13 Este.

El número 990, piso decimoquinto, apartamento 432-L.

El mío.

Utilicé el ascensor y luego entré.

Rectamente fui al despacho, pero los papeles que continuaban desparramados sobre la mesa no tenían atractivo alguno para mí, por lo que salí de allí y fui al *living*.

El bar y el *whisky* con soda y cubitos de hielo.

Con el vaso en la mano ocupé uno de los sillones, bebí un poco, lo solté sobre el tablero de la mesita y cerré los ojos.

Pensaba.

Paula y Lorna danzaban en el interior de mi mente la *Danza macabra*, de un compositor muy famoso, pero cuyo nombre, si bien lo recordaba, no sabía escribirlo.

Por lo menos, con corrección, lo que, dicho sea de paso, me importaba un bledo.

Me dormí.

Desperté al cabo de algún tiempo con la vaga sensación de que no me encontraba solo, y me incorporé en el sillón, notando en el acto que tan sólo había una lámpara encendida.

Una lámpara de pie situada en el extremo más alejado del *living* y que sumía el interior del mismo en una suave penumbra.

Miré.

Las piernas, carentes de medias, completamente desnudas, extendidas a todo lo largo sobre el sofá, morenas, fascinantes, y ella.

—¿Estás despierto, John?

Sonreí a la semioscuridad del *living* y respondí con otra pregunta:

—¿Hace mucho que estás aquí, Babs?

—Sobre poco más o menos... Bueno, tal vez una hora, pero no más.

Me incorporé sobre el sillón en tanto que ella hacía lo propio, y nos miramos a los ojos.

De los dos, fui yo el primero en hablar.

—Estuve en el Manila, buscándote.

—No pude ir, John —hizo una ligera pausa y prosiguió—: Salí. Como sabes, estuve hablando con ese teniente y luego con Iris. Sacamos a colación el tema obligado: Paula, y el amor que según Iris te profesaba a ti, y tus continuas peleas con ella, como la que ocurrió pocas horas antes de que la asesinaran.

Hice una mueca que ella no vio, por lo que continuó hablando:

—Más tarde me fui a mi apartamento, de donde ya no salí hasta el anoecer. Un bar, otro... otro más... Bueno, creo que vagué por ahí sin orden ni concierto hasta que de un modo repentino me

encontré aquí. Entré y te vi ahí, durmiendo —sonrió—. Te di un beso en la nariz y me tendí a tu lado, sobre el sofá. Pero no pude pegar un ojo.

—¿Por qué?

—¡Oh, qué sé yo! Pensaba. En esto, en lo otro, en nosotros dos... y me preguntaba por qué ocurren estas cosas y cuando menos lo esperamos.

Calló, esperando quizá alguna frase mía en respuesta a las tuyas, pero no dije nada. Yo también meditaba, hasta que de un modo repentino volví a mis primeras palabras.

—Yo también estuve hablando con Iris —dije para empezar.

—¿Sí?... ¿Dónde? —quiso saber.

—En el Manila, como te dije. Me llevó a su mesa, besé sus labios...

—¡John!

—Besé sus labios —proseguí como si no la hubiera oído—, y entre otras cosas me dijo que Paula había nombrado a su marido albacea testamentario. ¿Lo sabías, Bárbara?

Arqueó una ceja.

—No. ¿Cómo iba a saberlo? ¿Cómo diablos lo ha sabido tan pronto?

—La policía, querida. Paula era enormemente rica y ahora el teniente Brennan busca un posible asesino entre sus herederos, si es que los tiene. —La miré fijamente y añadí una pregunta más a las ya formuladas—: ¿Qué sabes tú de eso, Babs?

—Nada, John —replicó—. Absolutamente nada.

Dudé unos segundos antes de continuar con la conversación, y luego lo hice.

—Vi a Dinah

O'Sullivan.

—Lo supongo. Ella y la pista del Manila son una sola pieza. Y dime, ¿se exhibió des...? —Sí.

—Es... es...

—No es eso, muchacha —interrumpí—. Fue a la salida.

Me estaba esperando junto a mi coche y me pidió que la llevara a su apartamento.

Se inclinó sobre mí con los ojos más inexpresivos que nunca y preguntó:

—¿Qué deseaba, John?

—Hablarle de Paula.

Frunció el ceño, pero sus negros ojos se mostraron tan impasibles como siempre.

—¿Respecto a qué...?

—A todo. Ella dice que sabe todo lo relacionado con el testamento.

—¿Sí?... ¿Y quién se lo dijo? ¿Paula?

—Así es.

Calló, dudando, como si tratara de coordinar el hilo de sus ideas, y finalmente contestó:

—¿Te dijo en qué forma estaba redactado? Paula y ella simpatizaron, pero conmigo, con Iris y... con todos los de la empresa, no pudo hacerlo.

—¿Por qué?

—Quizá porque las mujeres nos sentíamos un poco celosas de ella y los hombres porque por causa de nosotras mismas no pudieron conseguirla. Dinah es una zorra de altos vuelos, querido.

—De nuevo dejó transcurrir unos segundos de silencio, que no interrumpí, y agregó, al cabo de los mismos—: Apuesto a que subiste con ella a su apartamento, ¿verdad?

—Perderías, querida, ya que ni siquiera me lo pidió —mentí.

Se puso en pie.

Combinación rosa pálido, y estaba preciosa dentro de aquella fina prenda de caro nylon.

—¿Un *whisky*? —preguntó.

Miré la mesita y noté que el vaso que llevara allí estaba vacío.

La miré.

Sonreía.

—Me lo bebí yo, John —dijo, ante mi muda pregunta—. ¿Quieres otro?

Me encogí de hombros.

Mi mente estaba ocupada por la muerte de Lorna Perkins y me preguntaba en aquel momento qué diablos era lo que iba a ocurrir al día siguiente. Es decir, dentro de unas horas... muy pocas horas.

—Bueno —dije, y pregunté—: ¿Te quedas?

—¿Aquí?

—Sí, claro.

Volvió a sonreír.

—¿Quieres decirme entonces para qué diablos he venido, amor?
No respondí.

CAPÍTULO IV

Me estaba esperando la otra sigla de la compañía.

Lo supe a los pocos minutos de entrar en mi despacho, mientras que Bárbara y su sempiterna y corta minifalda viajaban en dirección al suyo.

Le miré tan pronto como entró, lo mismo que él me miraba a mí. Sin reconocimiento alguno, a pesar de que le conocía desde hacía tres años.

Fui yo el que pregunté, en vista de que ni se sentaba ni decía nada:

—¿Y bien...?

El silencio persistió, aunque ahora sólo duró segundos.

Lon Barris lo cortó con una pregunta:

—¿Puedo sentarme, míster Stillman?

Me chocó su actitud.

Barris y yo no simpatizábamos ni mucho menos, pero él jamás pidió permiso ni para entrar allí ni para sentarse.

No tenía por qué hacerlo.

Alto, rubio, de tipo atlético, elegante y bastante joven, ya que su edad no sobrepasaba de los veintisiete años.

Con un ademán le indiqué uno de los sillones *j* se dejó caer en él, cabalgando una pierna sobre la otra.

Al hacerlo, continuó:

—He venido a hablar con usted, míster Stillman, y la verdad es que no me gusta ni poco ni mucho la misión que me han encomendado.

Sin saber por qué, intuí que mentía.

—Explíquese, ¿quiere?

Carraspeó, cosa innata en él, cada vez que creía que iba a

pronunciar una frase o palabra importante, según su propio juicio, aunque jamás en el mío.

—Bueno, anoche se celebró una reunión extraordinaria, ¿comprende?

—No, aún no —dije.

Carraspeó por segunda vez y prosiguió:

—El tema que se trató fue concerniente a usted, míster Stillman.

—¿Y...?

Vaciló, como si le costara un inmenso esfuerzo continuar por el camino que se había trazado de antemano cuando yo sabía que no era así.

—La dirección acordó, por el momento, prescindir de sus servicios. Cuando lo estime conveniente, pase por Caja y se le abonará...

Me puse en pie y se interrumpió, mirándome fijamente con una de sus cejas levantada en forma imperceptible.

No respondí, ni tampoco rodeé la mesa para acercarme a él; me limité a empezar a recoger y ordenar los papeles, en tanto que Barris continuaba observándome en silencio, hasta que dijo:

—Lo siento, míster Stillman, pero es algo que no pude evitar a pesar de mis esfuerzos.

Fue entonces cuando solté los papelotes que tenía en las manos y empecé a rodear la mesa, y se puso en pie tan pronto como me encontré al otro lado, por lo que los dos quedamos frente a frente, muy cerca e: uno del otro.

—Está mintiendo, Barris —dije, secamente, y apeando el tratamiento que siempre le había dado.

—Escuche, yo no le permito...

—¡Cállese, Barris! ¿Comprende? Usted siempre deseó perderme de vista. Le hice sombra con respecto a Paula y por usted... rompimos los dos. La obligó a que coqueteara y... y... no lo olvidé, ¿entiende? Ahora... prescinde de mis servicios por el mismo motivo y por... por... su asesinato. Es una forma muy sutil de llamarme asesino, ¿verdad? Ahora queda por ver si fue usted el que la mató o fui yo... a pesar de mi coartada. —Hice una ligera pausa y proseguí —: ¿Se encontraba presente *miss* Templeton?

—¿Bárbara? No, desde luego que no.

—¿Por qué?

—No pudimos encontrarla en parte alguna.

—Como siempre, Barris, está mintiendo. Le hago sombra aquí... a causa de Bárbara, ¿verdad? Exactamente como se la hice con respecto a Paula. Dígame, además del asesinato, es usted el promotor de mi expulsión de la empresa, ¿no?

Me interrumpió.

—Creo, míster Stillman, que se está excediendo.

No respondí a aquello, pero sí dije:

—De acuerdo, Barris, me voy ahora mismo... Y aquí queda todo lo podrido... Sobre esa mesa y sobre las otras. Ahora bien, no voy a descansar hasta ponerle la soga al cuello. Quiero al asesino de Paula y no voy a parar hasta encon...

—¿Y no fue usted, a pesar de lo que la estúpida de Bárbara dice? Usted, Stillman, es un tipo que gusta a las mujeres. El seducir a una muchacha como...

No terminó.

Di un paso al frente y toda la bilis que almacenaba en mi interior estalló como una carga de dinamita en el puño derecho, que obrando en forma independiente a los dictados de mi cerebro se disparó hacia arriba.

Fue un puño que empezó a tomar impulso casi desde el suelo y que se estrelló contra el mentón de Barris, que levantó los pies de aquel mismo suelo y vino a estrellarse contra la pared.

Vaciló un poco, lanzó un torrente de maldiciones, perdida completamente su compostura de caballero, si es que alguna vez lo fue, y se lanzó contra mí.

Vi su puño viajando a velocidad relámpago hacia mi rostro y logré esquivar por puro milagro, por lo que perdió pie.

Le ayudé a caer con el canto de la mano, golpeándole la nuca, y se aplastó contra el suelo, produciendo un seco chasquido justo en el momento en que la puerta del despacho de Bárbara se abría a mi espalda.

—¡John! ¿Qué... qué es...?

Tenía el rostro demudado y los ojos fijos en el cuerpo inmóvil y desmadejado de Barris, y las manos sobre los redondos y firmes senos, ojos que desvió hacia los míos en el momento en que replicaba:

—Tu secretario ha sido despedido... por el momento, *miss*

Templeton —dije—. ¿Lo sabías tú?

—¡John! Pero... jeso no es cierto! No puede serlo.

Mi sonrisa la cortó.

—¿No? Ayer por la tarde o por la noche hubo una reunión de los «grandes», sin estar tú presente. Al parecer, tus queridos accionistas, conjuntamente con tú no menos querido Consejo de Administración, están seguros de que soy el asesino de Paula.

No nombré a Lorna, pero estaba seguro de que a cualquier hora de aquel día iba a tener noticias de ella.

No sabía cómo ni por qué pensaba así, pero era un hecho cierto en el interior de mi mente.

No respondió de momento.

Primero se acercó al caído Barris, se arrodilló a su lado, lo examinó y acto seguido se puso en pie y se me acercó.

Pregunté cuando me rozaba:

—Dime la verdad, Babs, ¿lo sabías tú?

—¡John!

—De acuerdo, muchacha. Por lo pronto, como él dijo, ahí queda todo.

Me volví hacia la puerta.

—¡Espera!

Me detuve, y añadió:

—Escucha, John, amor, esta mañana estuve hablando con Jim Owen e incluso con Lon, pero ninguno de ellos me dijo nada de lo ocurrido. Para mí ha sido una sorpresa tan grande como la tuya —señaló el sillón que yo ocupaba detrás de la mesa y añadió—: Siéntate ahí y espera.

—¿Para qué?

—Voy a arreglar esto ahora mismo. Soy la presidenta de ese Consejo de Administración y, después de la pobre Paula, una de las mayores accionistas, y mi voto también cuenta. Esa reunión jamás debió celebrarse sin mi presencia. Si no me encontraron, pudieron aplazarla.

No me dio tiempo a responder.

Lanzando una mirada al cuerpo de Barris, dio media vuelta y alcanzó la puerta, mientras mis ojos iban a sus piernas y al movimiento de sus caderas.

Salió y miré a Barris.

No se movía.

Rodeé la mesa a la inversa de cómo lo había hecho antes, tomé una hoja de papel en blanco, un bolígrafo y escribí:

«Lo siento, pequeña, pero hay cosas que los hombres no solemos aguantar. Dile a tus queridos consejeros que... quizá atrape al asesino... y entonces me dé por volver. En cuanto a nosotros, te estaré esperando esta noche en mi apartamento».

«John».

Pero ni yo mismo sabía si la realidad iba a corresponder a aquel último deseo mío expresado en unas pocas letras.

Alcancé la puerta después de dejar el papel en un lugar bien visible, y pensando en Lorna, la que a aquella hora de la mañana habría sido notada su falta dentro de la empresa, abandoné mi despacho.

A mi espalda, Barris empezaba a moverse en el suelo.

No fui a Caja, sino que me encaminé directamente a la calle.

Al pisar la acera vi el coche de la policía y una vez más el nombre de Lorna Perkins saltó en el interior de mi mente con la fuerza de un explosivo.

¿Qué sabía la telefonista que le ocasionó la muerte?

In mente me formulé la pregunta, y lo hice en el mismo instante en que el teniente Brennan abandonaba el coche, viniendo rectamente hacia donde yo me encontraba.

—¿Podemos hablar, míster Stillman? —preguntó, sin preámbulo alguno y sin un solo saludo.

Me envaré.

—¿Aquí mismo? —pregunté.

Hizo una mueca.

—En su despacho, si lo desea.

Le dediqué una fría sonrisa.

—Me temo que allí no podrá ser, teniente.

—¿Por qué?

—El Consejo de Administración ha prescindido de mis servicios.

Como ve, teniente, no es usted el único que piensa que yo fui el que mató a Paula Richardson, y a pesar de las declaraciones de *miss* Templeton.

—Eso era de esperar.

—¿Sí?

No respondió.

Por lo menos, no del modo que yo creía.

—¿Viene?

Fruncí el ceño.

—¿A dónde? —pregunté.

—Podemos dar un paseo mientras hablamos... si es que no desea que le lleve a alguna parte.

Sabía que no podía negarme.

No me gustaba, pero tenía que apechugar con las consecuencias. También... intuía por y para qué había venido.

Lorna Perkins.

Ni más ni menos que la pequeña Lorna... y tal vez algo relacionado con el testamento de Paula.

Fuere como fuese, si no lo hacía de buen grado, tendría que acompañarle a la fuerza. ¿Qué sabía la telefonista que le costó la muerte?

—Correcto, teniente —dije—; vámonos.

Subimos al coche policíaco y Brennan se dirigió al conductor de uniforme:

—Llévanos a dar una vuelta por ahí, Pool —dijo.

El automóvil empezó a rodar y los minutos a transcurrir en silencio en su interior.

Hasta que, como esperaba, el teniente lo rompió con una pregunta, yendo directamente al grano:

—¿Conoce a Lorna Perkins?

No me miraba cuando formuló la pregunta, pero yo sabía que estaba alerta, quizá como nunca lo había estado.

—Sí —respondí, con perfecta calma—. Es una de nuestras telefonistas. ¿Qué ocurre con ella, teniente?

—¿No lo sabe?

Le miré con el ceño fruncido.

—¿Quiere dejar de hablar en idiomas extranjeros y hacerlo en inglés, teniente?

Hubo una pausa, no larga, que Brennan interrumpió:

—¿Sabe si ha ido a trabajar esta mañana?

—¿Quién? ¿Miss Parkins?

—Sí, claro.

Me estaba mirando atentamente cuando respondí:

—No lo sé, teniente, y le digo la verdad. El asunto sobre las faltas de asistencia al trabajo, la puntualidad, y los retrasos del personal de la empresa no son de mi incumbencia.

—Sí, claro, perdone.

Se volvió a mirar al conductor y añadió:

—Llévanos a la Morgue, Pool.

Le miré, fingiendo un asombro que estaba muy lejos de sentir.

—¿A la Morgue? —pregunté—. ¿Por qué?

—Se lo diré cuando lleguemos, míster Stillman.

Di la llamada por respuesta, desvié los ojos de su rostro de halcón y miré por la ventanilla.

El silencio era espeso.

Tuve conciencia de ello casi en el momento justo en que Brennan dijo, rompiéndolo en mil pedazos:

—Estamos llegando, míster Stillman.

Tampoco respondí.

Minutos más tarde descendimos del coche y entramos.

Los frigoríficos, los cajones de plomo, la mano de Brennan tirando de uno de ellos, y el bulto cubierto con una sábana oliendo a fenol.

Me preparé para sobresaltarme, para continuar fingiendo delante de él.

Lentamente, como gozándose de antemano con lo que pudiera leer en mi rostro, Brennan corrió la manta hacia atrás, y la vi... exactamente igual que la viera detrás de aquel macizo de flores en Central Park.

—¡Cristo! —exclamé—. ¿Cómo ocurrió, teniente? Volvió a cubrirla y me miró.

—¿No lo sabe usted, míster Stillman?

Di el estallido.

—Escuche, teniente —dije, con voz ronca—, estoy harto de usted, ¿comprende? De usted y de sus insidiosas preguntas. Ahora, si tiene algo contra mí, deténgame y acúseme formalmente. Si no es

así, déjeme en paz, que mi paciencia tiene un límite y éste ya se está agotando.

Di media vuelta y alcance la puerta, pero no llegué a salir.

Brennan me llamó justo cuando ponía la mano sobre el tirador.

—Un momento, míster Stillman —dijo—, que usted y yo aún no hemos terminado. Ladeé la cabeza para mirarle.

—¿No? —pregunté, mientras se me acercaba.

—No. —Hizo una pausa y continuó—: Salgamos de aquí, ¿quiere?

Lo estaba deseando, por lo que asentí en silencio, y luego, ambos nos enfrentamos en la puerta de la calle.

—Y bien, teniente, ¿puedo marcharme ya? —pregunté.

—Antes voy a hacerle un par de preguntas, míster Stillman.

—De acuerdo, suéltelas —respondí fríamente.

—¿Cuánto tiempo hace que no ve a *miss* Perkins?

—Eso es algo difícil de precisar, teniente, cosa que le será fácil comprobar. Personalmente no la conocía, a pesar de verla casi todos los días y de hablar con ella para pedir tal o cual número telefónico.

—¿Eso es todo?

—Sí, así es.

Me miró dubitativo.

—La noche en que la mataron... ¿habló usted con ella por teléfono?

—Ésa es una pregunta a la que no puedo contestar, teniente.

—¿No? ¿Por qué?

—Sencillamente, porque usted aún no me ha dicho cómo ni dónde la asesinaron, ni si fue de noche o en pleno día.

—Es usted un tipo listo, ¿verdad, míster Stillman?

—Ni más ni menos que un hombre corriente como usted mismo, teniente. Ahora, si ya no me nece...

—Espere.

—¿Más preguntas?

—Son necesarias.

—Y más si se tiene en cuenta de que, a pesar de todos los pesares, para usted aún continuó siendo el asesino de Paula Richardson. Su presunto asesino. ¿Es o no es así, teniente?

Sin responder a mi pregunta, formuló otra:

—Hablando de *miss* Richardson, ¿sabe que hizo testamento?

—Sí, lo sé.

—¿En qué términos está redactado?

—Eso, teniente —respondí—, tendrá que preguntárselo al notario que lo redactó. Yo, lo único que puedo decirle, y porque a su vez *mistress* Iris Owen me lo comunicó a mí, es que su esposo, Jim, fue nombrado albacea testamentario, cosa que debe saber usted aunque diga lo contrario.

Una vez más dio la callada por respuesta a mis frases y preguntas, para formular una nueva:

—¿Sabe si alguien está enterado de su contenido?

—¿Dentro de la empresa?

—Sí.

—Lo dudo, pero eso nunca se sabe.

—¿Y *miss* Templeton?

Fruncí el ceño.

—No lo creo, teniente. ¿Algo más?

—No... Es decir, sólo una cosa, míster Stillman: no deseo que abandone Nueva York por lo menos sin que yo lo sepa. Me comprende, ¿verdad?

Le dediqué una sonrisa que no tuvo nada de cordial.

—Correcto, teniente. ¿Me puedo ir?

Dijo que sí y sin esperar a que añadiera algo más le volví la espalda y empecé a alejarme de la puerta de la Morgue con el cerebro lleno de ideas y una nueva pregunta: ¿Por qué me habló del testamento de Paula?

Él ya sabía su contenido y por tanto... sospechaba de... mí, pero también de Bárbara. ¿De ella? ¿Por qué?

Ambos habíamos pasado la noche juntos en mi apartamento y todo lo demás era absurdo. ¿Qué sabía aquel estúpido teniente que no supiera yo?

Me encogí de hombros al acercarme a la acera con ánimo de tomar un taxi.

Lo encontré, subí y di la dirección de Wall Street.

Allí empuñé el volante de mi coche.

Calle 18, número 680, apartamento 430, piso decimonoveno.

Utilicé el ascensor y ya frente a la puerta del susodicho apartamento levanté la mano y pulsé el botón del zumbador.

Mistress Iris Owen me abrió la puerta.

—¡Usted!

Me ofreció los labios, la besé suavemente, me invitó a entrar y rodeé su cintura con mi brazo cuando empezaba a andar hacia el interior del apartamento.

Una puerta.

—Es el despacho, míster Stillman —dijo, en un susurro—. Tenga cuidado ahora. Jim puede enfadarse por algo que no tiene la menor importancia.

La solté y empujó la puerta.

Entré detrás de ella y le vi sentado detrás de la enorme mesa abarrotada de papeles con los ojos fijos en los míos.

Ojos pardos, duros, y tan oscuros que parecían negros.

No sonrió, no se levantó para recibirme, y mucho menos me tendió la mano. Se limitó a mirar a su esposa y fue ella la que dijo:

—Míster Stillman desea hablar contigo, Jim.

—Sí, claro. Eso fue lo que supuse al verle. —Señaló uno de los sillones. Continuó—: Siéntese, ¿quiere?

Lo hice sin dejar de mirarle, por lo que agregé:

—Si vino a verme respecto a lo ocurrido en la reunión de anoche, debo decirle que...

Le interrumpí con un ademán.

—No es eso, míster Owen —repliqué—. Sencillamente, deseo saber si la policía me dijo la verdad respecto a una cosa.

Arqueó una ceja, pero Iris interrumpió lo que indudablemente iba a decir.

—Os prepararé algo de beber.

No contestamos ninguno de los dos, por lo que se alejó hacia no sé dónde, mientras ambos nos observábamos en silencio, hasta que él lo cortó.

—¿Qué fue lo que le dijo la policía, míster Stillman?

—Que *miss* Richardson hizo testamento y que usted es su albacea testamentario.

—Sí, es cierto.

Hice un poderoso esfuerzo antes de preguntar, porque yo también estaba buscando un motivo:

—¿Conoce la policía el contenido de ese testamento?

—Sí, lo conoce.

—Eso quiere decir que usted también, ¿verdad?

—Sí, así es, míster Stillman.

—¿Y...?

Me miró fijamente antes de responder:

—Es un secreto, ¿comprende? El testamento se abrirá dentro de tres días. Me refiero públicamente. Lo entiende, ¿verdad?

—Sí, claro...

¿Había algo más que preguntarle?

Quizá sí, pero en aquel momento había perdido todo interés por lo que pudiera decirme que no fuera respecto a aquel testamento.

Me puse en pie y arqueó una de sus cejas.

—¿Ya se marcha?

—Sí —dijo—. Y gracias por todo.

Pero en aquel momento mentía una vez más.

—Iris nos está preparando algo para beber —dijo.

Forcé una sonrisa.

—Discúlpeme usted —dijo—, pero no debo perder tiempo. Debo hacer una visita antes de irme a dormir —terminé, consultando mi reloj de pulsera.

—¿Puedo saber a dónde va, míster...?

Le interrumpí.

—¿Ir...? A ningún sitio en concreto —repliqué—, pero estoy tratando de encontrar a un asesino.

—Eso es cosa de la policía, ¿no?

—Sí, así es, pero la policía ya tiene al asesino.

—¿Qué...?

—Soy yo, según usted mismo, y con usted, todo el Consejo de Administración de la empresa. Algo bastante sencillo para muchos, pero completamente difícil para mí. Buenas noches, míster Owen.

Alcancé la puerta, notando sus ojos fijos en mi espalda, crucé el umbral y completamente en solitario alcancé la que daba acceso a la salida.

La abrí y salí al pasillo, el ascensor, descendí hasta la planta baja y de allí a la calle.

El coche.

Empuñé el volante y conduje hasta un pequeño restaurante situado entre la calle 16 y Broadway, donde cené, también en solitario.

Pensando en el asesinato de Lorna, en Paula y en lo que Bárbara

significaba para mí. Ella, una de las mujeres más importantes de aquel sector de Wall Street.

Miré el reloj tan pronto como di fin a la cena.

Las nueve y treinta.

La misma hora de aquella maldita noche... en que luego ella vino a mi apartamento. Dinah

O'Sullivan

y sus representaciones en el Manila... y el testamento de Paula. Pero era demasiado temprano para ir a verla, por lo que después de abonar lo consumido conduje hasta un cine de sesión continua.

Cuando salí de allí eran las dos y veinte minutos de la madrugada.

Una vez más me vi frente al volante, pensando en todo aquello, notando que en vez de aclarar mis ideas las ofuscaba más y más.

El Manila.

Las dos y cincuenta y cinco minutos.

No entré, no quise averiguar si Iris se encontraba con Callender o con cualquier otro, por lo que me desvié un poco de mi camino y lo estacioné frente a la puerta trasera del club.

Las tres.

Si aún se encontraba allí, Dinah no tardaría en salir.

Llegaba a este punto de mis pensamientos cuando la vi, lo mismo que la noche anterior, con el largo y blanco abrigo, sin abrochar, por lo que pude ver que ahora era un cortísimo minivestido lo que llevaba debajo.

Empezó a andar y embragué.

Fui tras ella y la alcancé justo cuando se detenía frente a su coche.

Un «Jaguar» deportivo pintado en negro.

La llamé:

—Dinah...

Se volvió y vi sus dientes brillando al conjuro de su sonrisa.

Empezó a acercarse, lentamente, se detuvo frente a la ventanilla lateral derecha y se inclinó.

—Hola, míster Stillman —dijo—. ¿Qué se le ofrece de la pequeña Dinah?

Abrí la portezuela de aquel lado.

—Vamos, suba —dije.

—¿Va a llevarme a mi casa? —preguntó.

Y vi la burla en sus ojos, pero no hice caso.

—Sí, si es lo que usted desea.

—¿No cree que ya ha perdido su oportunidad?

—Sí, tal vez —respondí—. ¿Sube?

Lo hizo y se acomodó a mi lado.

Arranqué en el más completo silencio.

CAPÍTULO V

Lo rompí unos cuantos minutos más tarde, con una pregunta:

—¿Qué sabe de ese testamento, Dinah?

—Todo —respondió, sin una sola vacilación.

—¿Y...?

—¿Qué significa esa «y», querido?

—Sencillamente, que deseo que me cuente ese secreto.

Dio la callada por respuesta y miró por la ventanilla.

No insistí.

Estaba seguro de que me lo diría más tarde o más temprano, y por tanto no quise forzarla, sabiendo también que si lo hacía, ella no diría nada hasta el momento que juzgara oportuno.

Contestó, cuando menos lo esperaba:

—Le dije, John, que ya había perdido su oportunidad.

—¿Sí? Bueno, muchacha —contesté, calmamente—, entonces, ¿por qué no hablamos de otra cosa?

—¿De quién? —preguntó a su vez—. ¿De Bárbara O de Paula?

Silencio.

Dinah lo rompió justo cuando detuve el coche frente al edificio de apartamentos donde tenía el suyo, y lo hizo con una pregunta:

—Si no se muestra muy... muy seductor, le invito a un trago.

—¿Le importaría que lo hiciera, Dinah?

—Sí, creo que sí. ¿Subimos?

Asentí y abandonamos el coche.

En la acera la prendí del brazo y la llevé hasta la puerta.

Allí se desprendió, diciendo:

—Cuidado con las manos, ¿comprende? No me gusta que me toquen.

Esperé a que abriera y ambos subimos al ascensor, en silencio,

que no rompimos hasta vernos en el *living*, amueblado con un lujo tan exquisito que me asombré.

—¿Le gusta? —preguntó.

—Sí —dije, sin faltar a la verdad—. Es un sueño, con un ángel dentro.

—A mí se me puede comparar con todo menos con un ángel, John —replicó—. Pero gracias por esas palabras. ¿Un *whisky*?

Dije que sí y me invitó a que me sentara.

Lo hice, esperando a que me lo sirviera, y al darme uno de los dos vasos que llevaba en las manos, cuando regresó a mi lado, su comentario, dicho de un modo repentino, me sorprendió:

—Odio a esa mujer, míster Stillman.

—¿Qué mujer? ¿Bárbara?

—Sí, así es.

—¿Por qué? ¿A causa de Paula?

—Sí, a causa de ella —vaciló, vacilación que no interrumpí, y añadió, al cabo de unos cuantos segundos de silencio—: Ellas también se odiaban.

La miré con sorpresa.

—¿No me diga?

Dando de lado a mi tono irónico, añadió:

—Las dos se odiaban por causa de usted. Las dos le amaban, pero la pobre Paula perdió la partida. Ella ha muerto y ahora... ahora se dice que *miss* Templeton y usted... y usted...

La interrumpí.

—¿Importa eso mucho?

—No. Por lo menos, no a mí. —Me miró fijamente y preguntó—: ¿Qué fue lo que ocurrió entre Paula y usted aquel día? Me refiero...

—Sé a lo que se refiere, Dinah —atajé de nuevo—, y no hay respuesta.

—¿No? —Me miró fijamente y añadió—: Fue por causa de míster Lon Barris, ¿verdad? —Al parecer, Dinah— respondí fríamente, —usted sabe de mis cosas casi tanto como yo mismo. Y sospecho que eso también se lo dijo Paula.

—¿El qué? ¿Que coqueteaba con míster Barris hasta el extremo que la sedujo y... y...? ¿Por qué pelearon esta última vez, John?

—¿No lo sabe? —pregunté, sorprendido por lo que acababa de oír.

—No. Por lo menos, no con seguridad.

Vacilé un poco hasta que finalmente dije:

—Paula vino a verme aquella mañana y empezamos a hablar. Aún hoy, no sé cómo empezó la cosa, pero sonó el nombre de Barris y entonces fue cuando me lo dijo. Le prohibí que saliera más con él y contestó... que... que yo ya no significaba nada para ella y que podía hacer lo que le viniera en gana. Fue entonces cuando afirmé que la mataría si la veía de nuevo en compañía de Barris... y confieso que la discusión se agrió bastante.

Siguió un largo silencio, que aprovechamos para beber.

Al terminar, una vez más, Dinah formuló una pregunta:

—Dígame una cosa, John —dijo, suavemente—, y contésteme con la verdad. ¿La mató usted?

—Bárbara pasó la...

—Sé todo eso.

—¿Y a pesar de todo...?

—La pregunta continúa siendo la misma.

Respondí con otra:

—¿Serviría mucho mi declaración de culpabilidad ahora que no hay testigos presentes, Dinah?

—No. Sería su palabra contra la mía y la de *miss* Templeton, ¿verdad? Pero no es a ese extremo al que quiero llegar.

—¿No? Entonces...

—Necesito saberlo, y quisiera que lo comprendiera así.

El diablo entendía aquello, pero yo no.

Tampoco se lo dije a ella, aunque sí respondí:

—No, Dinah, no la maté yo. Jamás lo hubiera hecho.

—Pero usted... usted ya no la amaba, ¿verdad?

Recordé a Bárbara, pensé en muchas cosas más y asentí en silencio.

No me contestó, por lo que añadí de viva voz:

—Hubo un tiempo en que sí la quise, Dinah. Mucho más que quizá llegue a querer a otra mujer, incluyendo a *miss* Templeton; pero luego... Bueno, Paula empezó a salir con Barris, a mis espaldas, a coquetear con él, y rompimos como ya sabe. No sé cómo ni cuándo ocurrió, pero empecé a fijar mis ojos en Bárbara, y... lo demás vino por sí solo.

Era la verdad lisa y llana, adornada con una simple mentira: la

de mi última discusión con Paula. Fue de aquel modo, sí, pero había algo más, algo que no dije.

En aquel momento, al llegar a aquella conclusión, también sin saber por qué recordé a Lorna Perkins, tal y como la viera tras el macizo de flores, y luego, horas más tarde, dentro de aquel frío cajón de plomo de la Morgue.

Pregunté:

—¿Sabe que mataron a una de las telefonistas de la...?

—Lo leí no hace mucho, John, y apuesto a que la policía sospecha de usted con respecto a ese nuevo asesinato.

—¿Sí? ¿Por qué lo cree así?

—Es obvio —respondió—. Esa muchacha era la telefonista y pudo muy bien oír cualquier clase de conversación. Por ejemplo, la cita del asesino con *miss* Richarson, ¿no? Piense en ello, John.

—Aunque hubiera sido —así— dije, en respuesta a sus palabras, ¿cómo lo supo el asesino?

—Quizá porque ella misma se lo dijo.

—¿Cómo?

—Tratando de... pongamos venderle la información, ¿no?

Su lógica no carecía de razón, por lo que contesté:

—Sí, tal vez fue eso... Pero quizá no lleguemos a saberlo nunca. *Miss* Perkins, exactamente igual que *miss* Richarson, ha muerto. —Hice una pausa, que no interrumpió, y añadí—: Volviendo a Paula, querida, ¿por qué no hablamos de su testamento?

Tomó el vaso, me mostró sus bonitos y blancos dientes en una leve sonrisa, bebió un poco sin dejar de observarme atentamente por encima del borde del cristal y respondió, tan pronto como hubo terminado:

—Desea saber a quién legó sus bienes, ¿verdad?

—Sí, así es, pero también quiero saber otra cosa.

—¿Y es...?

—La razón por la cual se lo explicó todo a usted y no a los demás... y sobre todo por qué nombró a *míster* Owen albacea testamentario.

—Paula era muy amiga de *mistress* Iris Owen, querido. Y eso sí lo sabe usted.

—Sí, así es. Pero a usted...

Sonrió sin dejar de mirarme a los ojos, pero en su sonrisa había

una manifiesta dureza.

—Sí, claro —respondió—. Lo eterno. Mis bailes en el Manila. — Se echó a reír y añadió, haciéndome saltar sobre el sillón donde me sentaba—: ¿Sabe que Paula me despreciaba en el fondo y por eso mismo? ¿O no era eso lo que quería decir?

—Sí —respondí, tan pronto como me hube rehecho—. Exactamente es así, y usted misma corrobora mis palabras al añadir lo demás. —Hice una pausa y pregunté—: Aun siendo verdad lo que me dice, ella le hizo partícipe de todos o casi todos sus secretos, ¿no? ¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—No lo sé —respondió.

—¿No?

—No.

—De acuerdo, Dinah. ¿Qué hay de ese testamento?

Por segunda vez tomó el vaso y se lo llevó a los rojos labios, en tanto cabalgaba una pierna sobre la otra, fascinándome con el espectáculo de sus muslos desnudos.

—No voy a decírselo, John —afirmó—. Ella me pidió, entre otras cosas, que no hablara de su última voluntad.

Fue entonces cuando se me ocurrió una idea que tuvo la virtud de hacerme perder el aliento.

—Dinah —dije, y mi voz era ronca—, ¿quién mató a Paula? Usted lo sabe, ¿verdad?

Se puso en pie y miré mi vaso, que aún no había tocado, casi con lástima, sabiendo que era una despedida.

Pero me equivoqué de medio a medio cuando dijo, un segundo antes de volverme la espalda para acercarse al bien surtido bar que tenía instalado en el extremo opuesto del *living*:

—No tiene necesidad de marcharse si no lo desea, John, siempre y cuando me prometa no tocar ese tema en toda la noche.

No respondí.

Sin dejar de mirarla, siempre vuelta de espaldas a mí, tomé el vaso de *whisky* y empecé a beber lentamente.

* * *

Desde luego, no lo esperaba, pero fue así.

Brennan, el teniente Brennan del Departamento de Homicidios de Nueva York, me estaba esperando frente a la puerta del edificio donde tenía mi apartamento, y sin preámbulo alguno dijo, tan pronto como descendí de mi coche y puse los pies en el suelo:

—Deseo hablar con usted, míster Stillman.

Hice un gesto de cansancio.

—¿Otra vez?

—Y tantas como hagan falta, ¿comprende?

—Por lo visto, teniente, no voy a podérmelo quitar de encima, ¿verdad?

—No, me temo que, por el momento, eso no va a poder ser.

—Bien, ¿qué quiere ahora?

—¿Por qué no entramos? Es molesto hablar aquí fuera, en medio de la acera, molestando a los peatones.

Sabiendo que era inútil negarme, avancé hacia la puerta mientras decía:

—De acuerdo, teniente, venga conmigo.

Subimos en el ascensor y entramos en el apartamento.

Con un gesto le indiqué que me siguiera tan pronto como cerré la puerta y le llevé al *living*.

No estaba vacío como esperaba.

Bárbara se levantó del sillón que ocupaba y nos enfrentó a los dos con los negros ojos tan impasibles como en todo momento.

—Buenos días, teniente, aunque dada la hora no es correcta esta afirmación. John... —extendió el brazo y añadió—: ¿Por qué no se sientan ustedes?

Lo hice el primero, sin responder, en tanto que Brennan nos miraba alternativamente antes de decidirse a obedecer, hasta que finalmente también lo hizo.

—¿Y bien? —pregunté—. ¿Qué nuevas preguntas va a hacerme?

—La primera es respecto a anoche. ¿Dónde se metió usted? Estuve telefoneando cada diez minutos y luego encargué a *miss* Templeton que lo hiciera a su vez tan pronto como usted llegara. Pero no vino en toda la noche. ¿A dónde fue?

—¿Hay alguna razón especial para que me haga esa pregunta, teniente? ¿Un nuevo cadáver?

Sus ojos se helaron.

—No, desde luego que no, aunque lo que voy a decirle es

importante.

—¿Si...?

—Es respecto al testamento de *miss* Richarson.

—Un testamento cuyo contenido usted ya conoce, ¿verdad?

Me miró fijamente.

—Si, así es —respondió.

—¿Y bien...?

—Se abrirá hoy, sobre las cinco de la tarde.

—Míster Owen me dijo que no se haría antes de tres días.

—Lo sé, pero el fiscal del distrito opina lo contrario.

—¿Y bien...?

—Quiero que asista, míster Stillman. No se le cita oficialmente, pero debe ir.

No respondí de momento, y cuando lo hice, fue para formular una pregunta:

—¿Y para eso ha estado molestando a *miss* Templeton durante horas, teniente?

Una vez más, sus ojos se helaron.

—No sólo para eso —replicó, secamente—. Hay una denuncia contra usted, y... Bueno, míster Stillman, hasta ahora no sé si darle curso o romperla.

—¡Cuernos, teniente! —exclamé—. ¡Me sorprende usted! ¿Y puedo saber a qué se debe tanta amabilidad por su parte?

Dando de lado al tono irónico de mis palabras, respondió, siguiendo el hilo de sus pensamientos:

—Míster Lon Barris le acusa de agresión, ¿comprende?

—No. Por lo menos, no del todo.

—Explíquese, ¿quiere?

—Bárbara estaba presente cuando ocurrieron los hechos.

La miró de pies a cabeza y pude darme cuenta de que sus ojos descansaban más de lo necesario sobre sus esbeltas piernas desnudas.

—Me temo que el testimonio de *miss* Templeton no sea válido, míster Stillman.

—En ese caso, ¿va a detenerme?

—Por el momento, no, pero le repito lo que le dije: no se mueva de Nueva York sin mi consentimiento.

No respondí, y el silencio se hizo largo y pesado entre los tres

hasta que Brennan lo rompió con una pregunta:

—¿A qué fue a casa de los Owen, míster Stillman?

—¿Quién se lo dijo, teniente? —pregunté a mi vez.

Hubo una nueva pausa y contestó:

—Lo oí comentar esta mañana, míster Stillman. ¿A qué fue?

—Creo que ya se lo dije, ¿no? Me interesaba el testamento de Paula, pero Owen no quiso soltar prenda. Dijo que se abriría dentro de tres días y que hasta entonces no podía decirme nada. Más tarde entré en un cine y luego fui al Manila. Acompañé a *miss* O'Sullivan

a su apartamento y...

—¿Y qué más? —me apremió en vista de que callaba.

—Me pidió que me quedara con ella, pero no lo hice —mentí—.

Luego... creo que tomé la carretera de la costa hasta la playa y me di un baño. Más tarde me encaminó hacia aquí para encontrarle a usted en la puerta.

—¿Por qué fue a verla?

—¿A quién? ¿A *miss*

O'Sullivan?

—Sí.

—Ella era amiga de Paula, ¿comprende? Creí que podía decirme algo respecto al testamento.

—¿Y lo hizo?

Le miré de hito en hito antes de contestar:

—No quiso, teniente.

—¿Con eso quiere decir que *miss*

O'Sullivan

sabe en qué condiciones está redactado? —Sí, así es. Por lo menos, ella lo afirma de ese modo— hice una ligera pausa y pregunté mucho antes de que pudiera interrumpirme. —¿La citaron también?

Sin dejar de mirarme fijamente respondió:

—Sí.

—¿Por qué?

Se puso en pie, pero yo permanecí sentado, sin dejar de observarle, hasta que dijo:

—¿No lo sabe usted?

—Ya le dije que no.

—No obstante, míster Stillman, usted tuvo amores con *miss*

Richardson. Primero prometida, más tarde amante, y cuando al parecer todo estaba dispuesto para la boda, rompieron. ¿Por qué?

A pesar de mis anteriores declaraciones con respecto a Paula no le desmentí, tal vez porque no podía y respondí:

—Lon Barris se atravesó entre los dos, teniente.

—¿Y...?

—La eterna historia. Rompimos... Pero continuamos discutiendo casi de continuo quizá porque ella se sentía un tanto culpable del rompimiento. Más tarde... Bueno, el tiempo todo lo borra y empecé a fijarme en *miss* Templeton, pero le puedo decir que jamás le insinuó nada.

Callé, y en contra de lo que esperaba, Brennan no me pidió que ampliara mi declaración, llena de inmensas lagunas, hasta que me sorprendió con su siguiente pregunta:

—¿Le molestaría mucho repetirme su declaración respecto a la noche en que asesinaron a *miss* Richardson?

Sin saber por qué me envaré sobre el sillón en que me sentaba, en tanto que la silenciosa Babs se llevaba las manos a los senos.

Contesté:

—¿Por qué debo hacerlo, teniente?

—Como un favor —respondió sorprendiéndome aún más si cabe—. Pero si no lo desea...

—De acuerdo, teniente, no lo deseo. Ningún asesino lo hace, verdad. Y yo, según toda la policía, maté a Paula, ¿no?

Dio un paso hacia mí y noté cómo sus pantalones rozaban los míos.

—No es eso, míster Stillman —dijo fríamente—. El Departamento de Homicidios lo que sí cree de usted, es que está encubriendo al asesino. En otras palabras, que usted sabe quién la mató y está sirviendo de tapadera por algo que aún estamos por averiguar. ¿Satisfecho, míster Stillman?

Me puse en pie soltando una maldición que tuvo la virtud de hacer enrojecer a Bárbara cuando yo creía que nada en este mundo podía conseguir en ella este efecto.

—¡Qué cuer...!

Me interrumpí tan pronto como vi que se encaminaba hacia la puerta. Avanzó hacia allí y con la mano en el tirador se volvió a mirarnos.

—Vaya a la apertura de ese testamento, míster Stillman, y luego venga a verme al Precinto.

—¿Para qué?

No me contestó, abrió la puerta y abandonó el apartamento.

Babs y yo nos miramos en silencio por espacio de unos segundos hasta que de un modo repentino vino a mis brazos con un ligero grito.

Cuando nos separamos, un par o tres de minutos después, preguntó:

—¿Qué hay de esa... esa zorra, John?

Arqueé una ceja.

—¿A quién te refieres, muchacha?

—A la

O'Sullivan.

A esa bailarina del Manila. Dijiste que...

—La acompañé a su apartamento, querida —la interrumpí—, y luego fui a la playa. Tenía muchas cosas en qué pensar y vagué de un lado para otro y... y... estoy enormemente cansado.

No insistió sobre el tema, pero sí preguntó:

—¿Qué fue lo que te dijo, John?

—¿Dinah...?

—Sí, claro.

—¿Respecto al testamento?

—Sí.

—Exactamente lo que le dije al teniente.

No respondió.

Permaneció callada unos cuantos segundos y, finalmente, dijo lo que yo estaba esperando que dijera desde que la viera allí, cuando entré con el teniente Brennan.

—Debo irme, John. Lo comprendes, ¿verdad?

—Sí, creo que sí.

Mirándome fijamente añadió:

—He convocado una reunión para mañana, ¿comprendes?

—No.

—Escucha, John, te quiero a mi lado en el despacho. Quiero estar cerca de ti tanto aquí, en tu propio apartamento o en el mío, como allí, en las oficinas de la empresa, y voy a tratar de hacer...

—Olvidalo, muchacha —dije fríamente.

—Pero... ¡John!

—Olvidalo. Eso es todo.

No me respondió, dio media vuelta y se acercó a la puerta y fui detrás hasta la que daba acceso a la salida del apartamento.

Allí se volvió a mirarme.

—Dame un beso, John, ¿quieres?

La besé, exactamente como deseaba, y al terminar añadió:

—¿Nos veremos esta noche, querido?

Sin saberlo a ciencia cierta respondí:

—Sí, claro. ¿Dónde vas a esperarme?

—En el Manila. Quiero examinar una vez más la diabólica belleza de esa bailarina.

Sin esperar respuesta cruzó el umbral, y mis ojos fueron a su figura cuando avanzó decidida hacia el ascensor.

Quedé solo, por lo que regresé al interior del apartar mentó, entré en mi dormitorio, puse el despertador a las cinco de la tarde y traté de dormir.

Creo que lo conseguí.

Cuando desperté no fue a causa del despertador ni mucho menos, sino a causa del timbre del teléfono.

Me lancé de la cama al suelo, crucé el dormitorio hacia el *living* y levanté el auricular.

—¿Míster Stillman...?

Me sobresalté cuando el recuerdo de Lorna Perkins me golpeó el cerebro ante aquella voz de mujer que sonaba a través del hilo, claramente disfrazada para no ser reconocida, en tanto que me decía a mí mismo que Bárbara ni siquiera había mencionado a la muchacha asesinada.

—Yo soy —respondí en tono seco—. ¿Quién es usted?

—Eso no importa ahora, míster Stillman, pero si siente curiosidad por saber mi identidad y la del asesino de Paula Richardson, venga esta noche a las doce en punto a la quinta de...

Me dio la dirección y me envaré.

—Completamente solo, querido, o no me encontrará. Y ojo con la policía. No me gustan los fisgones sean oficiales o no.

No me dio tiempo a contestar, pues cortó la comunicación mucho antes que pudiera hacerlo.

Pensativamente deposité el auricular sobre su soporte y consulté

el reloj.

Las cuatro y cuarenta y cinco minutos de la tarde.

No menos pensativamente fui al cuarto de baño donde me di una ducha y a continuación salí a la calle.

Un *snack-bar* calmó mi apetito mediante un bocadillo de jamón y una lata de cerveza.

Al terminar salí a la calle y empecé a conducir hacia la Quinta Avenida, en cuyo número 1008, míster Larry

O'Brien

tenía instalada su notaría.

Lentamente, ya que tenía tiempo más que sobrado, mientras que por contraste mis pensamientos volaban a velocidad supersónica en el interior de mi cerebro.

Una quinta en la carretera 53 Oeste.

De, ladrillo rojo, con piscina... y que había sido escenario de un crimen.

Una quinta que me traía agrisulces recuerdos a pesar de Bárbara con sus besos y caricias llenas de fuego.

Una quinta que tiempo atrás para mí lo fue todo hasta que un tipo llamado Lon se atravesó entré Paula y yo...

Una cita en la noche en aquella misma quinta, con una mujer, o tal vez con el hombre que la mató, y que me habló por teléfono disfrazando su voz de tal modo, para no ser reconocido, que parecía una mujer.

¿Quién? ¿Lon Barris?

Era muy posible.

Barris y Paula, lo uno iba unido a lo otro, y por otra parte, yo no sabía dónde pasó la noche en que la mataron.

Jim e Iris Owen... y un albacea testamentario.

Era extraño y me preguntaba qué motivos pudo tener Paula para nombrarle a él, sabiendo cómo sabía de las andanzas de Iris.

Dinah

O'Sullivan

y sus palabras. Paula la despreciaba en el fondo y no obstante, eran íntimas amigas como lo hacía creer el hecho de que la primera le hubiera dicho lo que todo el mundo mantiene en secreto; los términos de un testamento.

¿Por qué?

Dinah se había mostrado evasiva en aquel aspecto tanto como en los otros, y en el transcurso de la noche anterior, por muchos esfuerzos que hice, no logré sacar nada en claro.

Se encerró en un mutismo absoluto que sólo rompió para hablar de ella misma o de mí, entre caricias y besos.

Paula y nada más que Paula.

¿Quién más sabía, dentro de la empresa, los términos en que lo redactó? Pero ¿era éste el verdadero motivo de su asesinato?

CAPÍTULO VI

Me estaba dejando influir por las creencias de la policía al creer, como ellos, que el principal beneficiario de los bienes de Paula tenía necesariamente que ser el asesino, sin pensar en nada más.

Deseché los pensamientos y continué conduciendo, lentamente, sin prisa alguna, tal vez porque en mi fuero interno no deseaba saber cuál fue la última voluntad de una mujer que en vida y antes de que Lon Barris interviniera, había sido mía completamente.

Y una cita en medio de la noche.

¿Quién y por qué?

Una vez más recordé a Lorna Perkins y me dije si aquella noche no me iba a encontrar con otro cadáver en la quinta, y de quién sería esta vez.

Detuve el coche frente al número 1008, descendí, crucé la acera y entré en el portal.

Fue entonces cuando la vi y me asombré.

Mistress Iris Owen se encontraba allí, junto a la puerta del ascensor, mirándome con una expresión burlona en los ojos.

—Vamos, John —dijo—, venga conmigo. Jim ya se encuentra arriba con todos los demás.

Me acerqué y como en veces anteriores me ofreció los labios y los besé pensando que era tonto no hacerlo.

Mientras la caja mecánica descendía hasta nosotros, pregunté:

—¿Quiénes son los otros, *mistress* Owen?

—Creo que le dije que me llamara Iris, ¿verdad?

Forcé una sonrisa.

—No estoy seguro de eso, Iris, pero sea como usted quiere —repliqué—. ¿Quiénes son?

Devolviéndomela contestó:

—Esa bailarina del Manila. Dinah creo que se llama, ¿no? Mi marido, Lon Barris, y nosotros dos que vamos a subir ahora.

Fruncí el ceño.

De nuevo Barris.

Lo pensé así, pero lo que dije fue:

—¿No vino *miss* Templeton ni *míster* Callender?

—No. Ninguno de los dos. Al parecer, a la policía no... Bueno, no les citaron, según me dijo *míster* Callender.

—¿Dónde le vio?

—En las oficinas de la presidenta del Consejo de Administración, John; pero no arrugue el entrecejo, Bárbara no se dejó besar.

Maldije en tono bajo.

—¿Acaso lo intentó?

Se echó a reír.

—No ni mucho menos. No pensó en eso, llevando como lleva minifalda. Callender estaba pendiente de sus piernas como usted lo está ahora de las mías.

La respuesta que iba a dar la cortó el ascensor al detenerse a nuestro lado.

Abrí la puerta corredera, me aparté a un lado para dejarla pasar y tan pronto como lo hizo fui detrás y pulsé el botón correspondiente al noveno piso.

Entramos el uno detrás del otro.

Minifalda, muslos morenos, exageradamente perfectos y unos ojos que me asaetaron desde el mismo momento en que entré, pero a mi saludo no respondió palabra, ni Lon Barris tampoco.

Pero ¿era odio hacia mí lo que vi en sus ojos cuando de forma fugaz los fijó en los míos?

No había respuesta.

Cortésmente ofrecí una silla a *mistress* Owen, me senté a su lado, miré sus piernas, luego hacia la puerta que en aquel momento se abría ando paso al notario precedido por Owen.

Silencio.

Duró poco, muy poco, y de un modo súbito empezó a hablar y sus palabras claras y diáfanas pusieron un escalofrío en mi interior porque parecían traer hacia mí un mensaje de ultratumba.

Palabras pronunciadas por una mujer que me amó tanto, que al comprenderlo de golpe y a pesar de que los ojos de Barris me

asaeteaban, perdí el aliento, en tanto que a mi lado *mistress* Iris Owen respiraba con dificultad.

Pero fue luego, minutos más tarde, cuando sin poderlo evitar desvié los ojos en dirección a Dinah

O'Sullivan

viendo cómo los grandes y rasgados de ella estaban fijos en la puntera de sus zapatos de alto tacón, y adiviné sin esfuerzo alguno, aunque no podía verlo con claridad, que los tenía cuajados de lágrimas.

En resumen; el testamento quedaba de la siguiente manera, y en líneas generales. Doscientos cincuenta mil dólares para Barris, si se avenía a dejar la compañía, y el resto sobre unos quince millones en metálico, acciones y otras cuantas cosas, más la dirección de la empresa, pasaba por partes iguales a Dinah

O'Sullivan

y a mí.

Cien mil dólares para Jim Owen, y un montón de acciones para Iris, todo ello en prueba de amistad.

Y nada más.

Es decir, sí, había un punto oscuro, una condición para que Dinah o yo pudiéramos hacernos cargo de la herencia y mis ojos fueron interrogadores a las figuras del notario y Owen, pero fue el primero quien contestó a mi no formulada pregunta:

—Le ruego espere aquí, *míster* Stillman, pues tengo que hablar con usted.

Di las gracias y miré a Dinah.

Se estaba poniendo en pie y una vez más admiró a los diseñadores de las minifaldas.

—¿Me necesita para algo, *míster*...?

El notario la interrumpió.

—Puede marcharse si lo desea, *mistress*

O'Sullivan.

Las últimas condiciones para el cobro de la herencia de *miss* Richardson se las comunicaré por escrito justo dentro de una semana.

—Gracias.

Eso fue todo.

Pasó por mi lado sin mirarme y me pregunté si a pesar de que

sus ojos brillaban por las lágrimas le habría cogido de sorpresa las condiciones del testamento a pesar de que siempre afirmó que lo conocía hasta en sus menores detalles.

Me hubiera gustado poderse lo preguntar en aquel momento.

Como en sueños me di cuenta que Iris se levantaba y del mismo modo oí sus palabras resonando en mis oídos.

—Le felicito, John. Es... algo que esperaba, aunque no me crea. Ahora... Bueno, tenga cuidado, ¿comprende?

La miré.

—¿Por qué?

Pero sabía cuál era la respuesta que iba a darme.

—La policía. El teniente Brennan, cuando sepa esto...

—¿Y no lo sabe ya?

—Sí, así es... —vaciló por espacio de unos segundos y añadió—: Cuídese, que sé de buena tinta que ese teniente está tratando de deshacer la coartada que le brindó Babs.

—Una coartada verdadera, ¿no, Iris? —respondí.

—Para mí es tan buena como otra cualquiera, John —replicó—. Y si quiere que le diga la verdad, jamás creí ni por un momento que usted fuera el asesino de Paula.

—Y por eso debo darle las gracias. ¿Es o no es así?

Sonrió.

—Nada de eso, John, pero tenga cuidado —miró hacia la puerta que daba acceso al despacho privado del notario y añadió sin mirarme—: Le están esperando a usted, John. Vaya, y suerte. Esta noche, si se deja caer por el Manila, celebraremos esto. Y lleve a Babs. Se alegrará cuando lo sepa.

No respondí, quizá porque en aquel momento me di cuenta de la ausencia de Barris.

Doscientos cincuenta mil dólares.

¿Paula le amó alguna vez, o todo lo ocurrido entre ellos dos fue fruto de las circunstancias?

Me encogí de hombros y empecé a andar hacia aquella puerta.

Al llegar al umbral me crucé con Jim Owen, que me sonrió.

—Me alegro, míster Stillman —dijo—, y le estoy diciendo la verdad.

Le di las gracias y entré en el despacho.

Media hora después lo abandoné con la cabeza convertida en un

verdadero caos.

La calle, el coche, un bar...

Lo detuve allí, frente a la puerta, descendí, y ya en el mostrador, frente a una de las muchachas que servían la barra pedí:

—Un *whisky*, por favor.

Empecé a bebérmelo con exagerada lentitud mientras mis pensamientos iban al teniente Brennan y a las palabras que el notario había pronunciado en su despacho.

Un sobre que se encontraba en manos de la policía.

Un sobre de Paula dirigido a mi nombre.

Y en fin, un sobre lacrado con las instrucciones finales para que se diera cumplimiento a su última voluntad.

Quizá también explicara los motivos que había tenido para hacer un legado tan importante a Dinah O'Sullivan

y sobre todo, por qué lo hizo conmigo.

No lo merecía.

Eso por descontado.

Terminé de beber, aboné la consumición y regresé a la calle.

Anohecía cuando detuve el coche frente a la puerta del Precinto número ocho, y sin preguntar a nadie entré.

Brennan se encontraba sentado en su despacho y vi cómo sus ojos helados brillaban al verme.

—Pase y siéntese, míster Stillman —dijo, señalando uno de los sillones que había frente a su mesa.

Obedecí en silencio y esperé a que dijera algo, cosa que hizo antes de que transcurrieran los cinco segundos siguientes:

—Y bien —preguntó—, ¿no tiene nada que decirme?

—¿Qué espera? —respondí con sorna—. ¿Que me confiese culpable del asesinato de *miss* Paula Richardson?

—No. —En ese caso...

Me interrumpió casi en seco.

—Deseo que me ayude usted.

Arqueeé una ceja mirándole con asombro.

—¿Ya no me considera culpable de asesinato o de...? ¿Qué fue lo que dijo en nuestra última entrevista, teniente? ¿Que estaba protegiendo al asesino? ¿Fue o no fue así?

—Aún continuo pensando lo mismo, hasta que no se demuestre

lo contrario, míster Stillman. Y esta hipótesis se convierte casi en certeza debido a ese testamento.

—Seguro que sí —respondí con ironía—. Paula, como mi amante, dijo que me amaba de tal modo que cuando muriera iba a dejarme todo su capital en unión de una bailarina del Manila, ¿no? Consecuencia lógica, teniente, ambos nos pusimos de acuerdo y la liquidamos tan pronto como nos enteramos de cuál era su última voluntad, ¿verdad? ¡Absurdo!

—Es una buena idea, míster Stillman —respondió sin alterarse —, en la que no había pensado. Gracias por recordármelo.

Di la callada por respuesta y esperé, para añadir al cabo de varios segundos de silencio en vista de que Brennan tampoco decía nada:

—Usted tiene un sobre para mí, ¿no?

—Sí, así es —abrió el cajón central de su mesa y me lo mostró, añadiendo—: Respecto a este sobre, quiero hablar con usted.

—De acuerdo, teniente, suelte lo que sea y déjeme marchar. Tengo una cita con dos damas.

—¿Al mismo tiempo?

—Sí. ¿Qué hay del sobre?

Frunció el ceño y sin soltarlo se puso en pie y fue a la ventana dándome la espalda. Miró fuera, y entonces respondió sin volverse:

—Es difícil y hasta extraño lo que voy a pedirle, míster Stillman.

—¿Y es...?

Tampoco me miró cuando contestó:

—Desearía que lo abriera en mi presencia y... Bueno, deseo leerlo yo también.

Sorprendido por petición tan inesperada dejé transcurrir unos cuantos segundos y luego contesté:

—Me temo, teniente, que eso no podrá ser.

Ahora sí se volvió hasta enfrentarme.

—¿Por qué?

—Porque es privado y viene... de una muerta. Sus últimas instrucciones respecto a *miss Dinah*

O'Sullivan

y a mí mismo. Suelte el sobre, teniente.

Me puse en pie y se me acercó.

—¿Se da cuenta, míster Stillman —preguntó—, que si quiero

puedo detenerlo aquí hasta que el juez de instrucción me dé una orden para abrirlo? Me basta con una simple llamada telefónica.

—En ese caso, Brennan —dije secamente—, ¿a qué espera?

—A que sea usted el que me ayude.

Y fue en aquel preciso instante cuando comprendí por qué y a pesar de sus anteriores palabras no lo había abierto y estuve a punto de sonreír.

—No voy a hacerlo, teniente. Ni ahora ni nunca. Ábralo con o sin mandamiento judicial y si dentro no encuentra lo que al parecer busca, le denunciaré por violación de correspondencia, con el agravante que este sobre contiene en su interior las últimas instrucciones de una muerta...

—Que quizá se las pida al fiscal del distrito en la encuesta. No se olvide de eso, míster Stillman —me interrumpió.

Llevaba razón, por lo que contesté:

—Si eso ocurre, se las mostraré a la corte. Pero entre tanto... venga ese sobre, teniente.

No sonreía cuando avanzó otro paso y alargó la mano.

—Espero, por su bien —dijo—, que si hay algo que pueda interesar a la policía me lo comunique.

—¿Puedo irme ya, teniente? —Fue lo que respondí.

Asintió con un mudo gesto de cabeza, pero añadió mucho antes de que pudiera volverme hacia la puerta, y señalando el sobre que ahora estaba en mi mano:

—¿No lo abre, míster Stillman?

Sonreí lobunamente.

—No me corre prisa hacerlo, teniente.

Y lo guardé en el bolsillo interior de la americana y me volví en redondo.

Esperaba que dijera algo, que tratara de detenerme con cualquier subterfugio, pero no lo hizo.

Lo último que recuerdo de él, cuando crucé el umbral, fue que se estaba acercando a la mesa sobre la cual se encontraba instalado el teléfono.

Salí a la calle.

Miré hacia lo alto, hacia las luces multicolores y cambiantes de los letreros luminosos, y pensé que aquélla era una noche más; una de tantas, y que a pesar de Bárbara y de lo que aquélla

representaba, me encontraba vacío por dentro y por fuera.

Me pregunté por qué y no supe qué responderme.

Una lluvia de millones compartidos con una sensacional belleza, dos asesinatos y una cita para aquella misma noche que podía culminar con un nuevo crimen.

¿Por qué no se lo comuniqué al teniente Brennan?

No lo sabía, o por lo menos en aquel momento lo pensaba así.

Me introduje en el coche y por diezmillonésima vez en pocas horas me vi conduciendo, pero ahora Dinah era mi principal objetivo.

No sabía lo que podría decirme ni si querría hacerlo, pero deseaba hablar con ella mucho antes de acudir a aquella cita.

Lajos Callender y Lon Barris, y lo que se contaba de Iris y del primero.

¿Por qué no uno de los dos?

Estacioné el coche frente a la puerta trasera del Manila, rodeé el edificio buscando la puerta principal y fui a la barra sorteando las vacías mesas que poco a poco se irían llenando a medida que transcurriera el tiempo hasta las tres de la madrugada.

Tomé uno de los taburetes, me senté y pedí:

—*Whisky*.

Mientras me lo servían me pregunté si Dinah habría llegado ya y entonces me volví a las mesas.

Una muchacha.

Piernas largas, envueltas en mallas, y curvé el dedo para llamarla.

—Me llamo John Stillman —dije—. Tengo una cita para más tarde con *miss*

O'Sullivan,

pero vine ahora porque tengo otra luego bastante lejos de aquí.

¿Puede avisarle que estoy aquí?

Me envolvió en una cálida sonrisa.

—Ahora mismo, míster Stillman.

Se volvió dándome la espalda y a los pocos segundos la vi desaparecer por entre los cortinajes que separaban los camerinos del resto del local.

Esperé con el vaso en la mano.

Fue cosa de tres o cuatro minutos al cabo de los cuales regresó a

mi lado.

—Dinah le está esperando, míster Stillman. Venga conmigo, ¿quiere?

La precedí en silencio.

Dinah se estaba cambiando de ropa cuando entré en su camerino, me dedicó una sonrisa y dijo sencillamente:

—Siéntate y espera, querido. Te daré un beso tan pronto como termine con esto y entretanto, puedes hablar. Te escucho.

Tardé unos segundos en formular la primera pregunta:

—¿Sabías que tú y yo heredábamos juntos, Dinah?

—Sí, así es. Lo supe desde hace meses. Casi tantos como... como... Bueno, desde que Paula redactó el testamento.

—Correcto, muchacha —dije—. Y ahora, ¿quieres decirme qué motivos tuvo para legarme toda esa fortuna y la dirección de una empresa cuyos miembros del Consejo de Administración me han puesto de patitas en la calle?

Me miró con los ojos muy abiertos.

—Siempre creí que los hombres eran ciegos, pero nunca que lo fueran tanto.

—Explícate, ¿quieres?

—Pero ¿es que hay algo que explicar respecto a eso, John? Paula estaba loca por ti, lo estuvo siempre... y te lo acaba de demostrar. Primero... representando lo que representó para ti y luego... luego murió, pero quiso que la recordaras tal y como la viste siempre. Y al decir siempre me refiero a lo ocurrido entre Lon Barris y ella.

—Eso fue de todo punto incomprensible. Aún continúa siéndolo, por lo menos para mí —dije.

Y no mentía al afirmarlo.

—Ocurrió... por una casualidad... Fue la primera vez que salió con él, un día en que sobre vosotros estrelló una de esas tormentas de palabras... más o menos furiosas. Fue la primera vez, como digo, que se tropezó con Barris y luego continuó saliendo cada vez con más frecuencia... hasta que... hasta que... ella misma, Paula, me confesó más de una vez que jamás llegó a saber por qué ocurrió aquello... que no sabía lo que le pasó en aquel momento, pero que había algo que la empujaba hacia los brazos de Barris aun en contra de su propia voluntad y del amor que te tenía a ti, a pesar de tu rompimiento con ella.

Continuaba siendo incomprensible para mí, pero ahora no se lo dije.

Sencillamente me limité a preguntar:

—Y a ti, Dinah, ¿por qué te dejó ese montón de dólares?

Me sonrió justo en el momento en que terminó de vestirse, y con la sonrisa en los labios se me acercó.

—Puso una condición, John, para que yo heredara.

—¿Qué condición?

—Yo, John, no voy a decirte eso.

—De acuerdo: con o sin condiciones, te nombró heredera conjuntamente conmigo. ¿Por qué?

Se dejó caer a mi lado y me ofreció los labios.

La besé con el pensamiento puesto en Bárbara y en lo que diría si llegaba a enterarse alguna vez.

—Perdona, pero tampoco te lo voy a decir.

—¿Por qué? —repetí.

—Ella escribió una confesión dentro de un sobre que lacró y dirigió a ti. ¿No lo has leído?

Introduje la mano en el bolsillo interior de la americana y se lo mostré.

—No, aún no —dije—. Tú sabes lo que contiene, ¿verdad?

—Tengo una ligera idea al respecto.

—¿Por qué no me lo dices?

—¿Por qué no lo lees tú?

—De acuerdo, muchacha —dije.

Tomé el sobre con la sana intención de abrirlo y en aquel momento la llamaron para que empezara con su primera actuación.

Maldije entre dientes y lo guardé.

CAPÍTULO VII

Esperé allí, en su camerino, pero fue muy poco, cuestión de unos minutos, hasta que a mis oídos llegaron los aplausos que le prodigaban para premiar su aparición en la pista y fue entonces y por primera vez cuando me dije que aquello no me gustaba ni mucho menos y me pregunté por qué.

No supe qué responderme.

Todavía bailaba aquella pregunta en el interior de mi mente al abandonar su camerino y salir al salón.

No quise mirarla, por lo que ante un silencio de tumba, roto naturalmente por el sonido de la música que acompañaba su actuación, me acerqué a la barra y me subí a uno de los taburetes.

Pedí *whisky*, y vuelto de espaldas a la pista empecé a beber.

Lo mediaba cuando tuve conciencia de que alguien se encontraba a mi lado, observándome en silencio y aparté los ojos del vaso para mirar.

Lajos Callender e Iris Owen.

Y al mirarle me pregunté si como otras veces, aquélla también me ofrecería los labios.

No fue así.

Estreché entre la mía su mano suave y cuidada correspondiendo a su sonrisa y notando fijos en mí los ojos de su acompañante.

En la pista, el cuerpo de sirena de Dinah se contorsionaba como una serpiente interpretando una milenaria danza «vudú», y al mirarla fugazmente pregunté si ella no tendría algo de maligno, algo de droga, ya que desde la noche anterior, mal que me pesara, no lograba apartarla de mi pensamiento.

Como si lo estuviera leyendo en un libro abierto, hasta mis oídos llegó la pregunta de Iris.

—Es hermosa, ¿verdad?

—Sí, así es —y mi voz sonó levemente ronca—. No obstante, me parece que nos queda muy poco que admirarla.

—Sí. Una... cualquiera con mucha suerte —intervino Callender sin dejar de observarme atentamente—. Lo que me pregunto es cómo diablos Paula pudo cometer una locura como ésa.

Le miré de frente.

Los ojos de Iris chispeaban.

Al parecer se estaba divirtiendo o empezando a divertirse, a costa de los dos, y eso que la cosa no había hecho nada más que empezar.

—Esas palabras, míster Callender —empecé a pesar de darme cuenta de cuál era el deseo de Iris—, ¿a quién van dirigidas, a mí o a *miss*

O'Sullivan?

—A ella, aunque usted crea lo contrario.

—No obstante, *miss* Richardson...

—Ella le amaba a usted, míster Stillman, casi tanto o más que pueda quererle *miss* Templeton. Ambas se odiaban a causa de usted, ¿comprende? Y eso, al parecer, todos lo sabíamos dentro de la empresa; todos menos usted.

—Eso ocurre siempre —contesté de mal talante.

Iris se divertía, según mi opinión particular, pero no debía de ser así, ya que preguntó:

—Tan pronto como termine esa actuación, ¿va a invitarme a bailar, John? Le besaré a usted y de este modo míster Callender se sentirá celoso.

Callender frunció el ceño y por aquel sencillo gesto decidí seguirle el juego a Iris a pesar de que no me gustaba.

No en aquellas circunstancias.

—De acuerdo, pequeña —dije—, cuando usted quiera.

Rodeé su talle con mi brazo y la llevé al centro de la pista justo cuando Dinah se perdía detrás de los cortinajes.

Aún permanecemos enlazados estrechamente, durante un par o tres de minutos, antes que la música empezara a interpretar unailable.

Empezamos y me besó suavemente.

—Ese tipo de Callender nos está mirando, John —se explicó.

—¿Qué hay entre usted y él? —Me vi en la necesidad de preguntar aun a trueque de que me mandara a algún lugar no agradable.

No lo hizo.

Se limitó a sonreír y a contestar:

—No más de lo que pueda haber entre usted y yo, John.

Continuamos bailando en silencio hasta que de un modo repentino pregunté:

—¿Ha visto a Bárbara, Iris?

—¿Después de la lectura del testamento?

Pensé la respuesta durante unos segundos.

—Bien, sí —dije.

—No, no la vi. Fui a Wall Street, pero cuando llegué todos se habían ido excepto míster Callender, por lo que le prendí de un brazo, dejé que me besara y me lo traje para acá. Es una forma como otra cualquiera de entrar en un club a cenar, a beber unas copas, a bailar, sin tener que pagar ni un solo centavo por ello.

Llevaba razón, por lo que no contesté.

También me admiraba su desfachatez.

—¿Y míster Barris...?

—No sé dónde pudo haber ido, John. Si mal no recuerdo, se marchó cuando aún yo no me había levantado de la silla que ocupaba en casa del notario. Y tampoco lo he vuelto a ver —me miró suspicaz y preguntó—: Apuesto a que apenas entrar fue al camerino de esa preciosidad, ¿no?

—Sí, así fue en realidad.

Sus ojos chispearon burlones.

—Voy a decirle a Babs que le ate corto tan pronto como se casen, John. Y hablando de boda, ¿cuándo se casan ustedes?

Dudé unos segundos y finalmente opté por responder con la verdad:

—Aún no lo hemos decidido, Iris.

—¿No...? Bueno, espero que me invite, John.

—Lo haré. De eso puede estar segura.

No me respondió, y fue entonces cuando formulé una pregunta que estoy seguro que la sorprendió, ya que no la esperaba.

—¿Sabe una cosa, Iris? Me gustaría saber dónde se encontraba su amigo Callender la noche en que mataron a Paula. ¿Lo sabe

usted?

Y fui yo el que se sorprendió.

—Si sospecha de él, deseché el pensamiento, John. Míster Callender, aquella noche, permaneció conmigo hasta bastante tarde. Visitamos algunos clubs, luego vinimos aquí, nos volvimos a ir, y sobre las cuatro de la madrugada me llevó a mi casa.

No insistí, a pesar de que en mi mente quedaron algunas dudas, mientras me preguntaba qué diablos me quedaba entre las manos y con respecto a los asesinatos de Paula y Lorna.

Nada.

Sólo un simple sobre con lacre con una inscripción debajo de mi nombre: «Abrase en el caso de mi muerte»; y aquello había ocurrido, pero de un modo que ni la propia Paula, estoy seguro de ello, jamás llegó a sospechar.

El bailable terminaba.

Llevé a Iris junto a Callender, que me miró de través, pero no pronunció palabra.

Lo hice yo después de consultar el reloj.

—Debo marcharme ahora, Iris —dije—. Míster Callender...

Fue ella la que me interrumpió.

—¿Qué diablos significa eso de que se va, John? ¡Pero si son las once de la noche! ¡No me diga que va a meterse en la cama a esta hora!

Forcé una sonrisa.

—Tengo una cita con el teniente Brennan de Homicidios, Iris —mentí con aplomo y añadí—: No quiero hacerle esperar.

Vi la curiosidad en sus ojos cuando preguntó:

—Es a causa de ese sobre, ¿verdad?

—Sí, así es —empecé a andar hacia atrás diciendo—: Buenas noches.

Salí a la calle.

Las veintitrés horas cinco minutos.

Tomé el volante y rápidamente busqué la salida de Nueva York por la carretera 23 Oeste.

Una quinta de ladrillo rojo.

Empecé a pensar.

El sobre en mi bolsillo, que me pesaba como el plomo, y tal vez la muerte acechándome por entre los macizos de flores de aquella

misma quinta.

Pero si era así, ¿por qué?

Desde luego por algo de lo que yo no tenía ni la más ligera idea.

Vi el edificio bañado por la luna, allá en la distancia, a menos de tres millas, y empecé a pisar el freno.

Con suavidad, con mucha suavidad mientras que señalaba con los intermitentes que iba a virar a la derecha en tanto que me acercaba al centro de la autopista.

El camino, ancho, bien pavimentado, y doblé el volante para entrar en él, apagando las luces de situación y los faros.

Lentamente continué adelante, pero no fui muy lejos.

Justo hacia un macizo de matas de salvia, donde lo detuve.

Descendí, y en aquel momento comprendí que estaba cometiendo una locura al no llevar conmigo más armas que mis manos.

Manos que lucharon en Corea... pero nada más.

Una bala, según a qué distancia, hace mucho más daño que las manos de un judoka. Empecé a andar.

Paso a paso hacia la casa en sombras.

La piscina a mi derecha.

Silencio.

Largo, pesado... y los rayos de la luna rielando por entre las hojas de los árboles.

La casa.

Me detuve bajo uno de aquellos árboles y examiné los alrededores.

Nada.

Fruncí el ceño y empecé a andar hacia allí.

Los macizos de flores, la puerta y el silencio.

Salté hacia la escalinata de mármol, recto a aquella misma puerta, y no ocurrió nada. Cuando me detuve a la misma, el agobiante silencio persistía.

La tanteé con las manos.

Cerrada.

Mi llavero, la llave que Paula me diera un día ya un tanto lejano y que jamás devolví.

La introduje en la cerradura, la hice girar suavemente y entré.

Tinieblas.

Escuché.

Silencio.

Tanteé junto al marco buscando el interruptor de la luz diciéndome *in mente* que tal vez la compañía habría cortado el fluido, y lo hice girar.

No fue así, y parpadeé un tanto deslumbrado.

Me pegué contra la pared.

Nada, por lo que empecé a pensar que allí no había nadie, que aquella cita no era nada más que un burdo engaño.

¿Por qué?

Sin que mis pensamientos me abandonaran un solo segundo crucé el *hall*, me acerqué a la escalera y empecé a subir a la planta superior.

El pasillo.

Encendí las luces.

Nada, sólo el silencio.

El dormitorio de Paula, su fotografía en el marco de plata sobre la mesita de noche.

No lo toqué, pero permanecí mirándolo fijamente durante no sé cuánto tiempo, hasta que me sorprendí preguntando en voz alta:

—¿Por qué? ¿Por qué te mataron, Paula, muchacha? ¿Quién lo hizo, pequeña? ¿Lon?

Me aparté de allí y empecé a desandar el camino, apagando las luces a medida que lo hacía, en tanto que mis pensamientos ponían dolor en mi cabeza.

Salí fuera y cerré.

Lo mismo que siempre; nada, y el silencio desesperante alrededor mío... y las palabras de una mujer repiqueteando en el interior de mi cerebro, dándome una falsa cita, a unas cinco millas de distancia de Nueva York.

¿Por qué?

Me acerqué al coche, escudriñando los alrededores sin lograr ver a nadie, sin que a mis oídos llegara ni el más leve rumor, y abrí la portezuela para a continuación colocarme frente al volante.

Encendí las luces del interior.

Estaba seguro de que todo fue una burla, quizá efectuada por alguno de los miembros del Consejo de Administración.

Un cigarrillo.

Le prendí fuego.

El sobre...

¡Paula!

Introduje la mano en el bolsillo de la americana y con mano nerviosa lo abrí y empecé a leer:

«Amor... ¡Que ridícula parece esta palabra!, ¿verdad? No obstante es cierto y tú lo sabes lo mismo que yo. La confirmación de lo que digo la tendrás el día en que muera, si es que muero antes que tú, y tan pronto como se abra mi testamento. Dejo la mitad de mi fortuna a Dinah

O'Sullivan,

esa bailarina de Manila, y la otra mitad para ti, salvo algunos dólares que voy a repartir entre Lon Barris y los Owen... y pedirte perdón a ti. Todo empezó a raíz de una de nuestras peleas, John, ¿comprendes? Bárbara fue la que me presentó a Lon en el momento psicológico más oportuno y aquel día salí con él. Así un día y otro... vino el primer beso a tus espaldas y luego... luego todo lo demás, y rompimos. Sé que fue la propia Bárbara la que te puso sobre aviso porque ella, lo mismo que yo, también te ama. Por lo menos eso fue lo que me dijo y... y me reí de ella. Le dije que a pesar de todos los pesares, tú, para mí, eras lo que en su tiempo pudo ser Romeo para la Julieta de la leyenda. Que era tuya completamente y que lo sería aún después de muerta. Mi testamento... y todo lo demás, era tuyo. Y ahora, John, voy a dictarte una condición. Ese montón de dólares será para ti el día en que Dinah abandone el Manila y cualquier clase de club nocturno para dedicarse a otra clase de vida. Es una buena muchacha y no deseo verla en esos lugares... y si no fuera pedirte demasiado... deja de mirar las piernas a Babs y fíjate en las de Dinah. Ella

merece un hombre como tú, pero no Bárbara. Eso, John, tampoco voy a jurarlo quizá porque me dé cuenta de que estoy hablando demasiado en contra de ella, ya que la odio... porque te ama a ti. No obstante, Dinah es mucho mejor que ella, querido, y tengo motivos para saberlo, ya que la conozco desde que era una niña...».

Continué leyendo por espacio de varios minutos más, mientras que las palabras de Paula, escritas en aquel papel que todavía llevaba restos de su perfume, desgranaban en el interior de mi mente la verdadera historia de Dinah

O'Sullivan

conjuntamente con la de ella misma.

Al terminar guardé el sobre en el interior de la americana y pensé, hasta que de un modo repentino la verdad estalló en mi mente con toda la virulencia de una bomba. ¡Dinah!

¡Maldita fuera una y mil veces!

¡Claro que debía de alejarme aquella noche de Nueva York, y mucho más después de la lectura del testamento de Paula!

Pero, Dios, ¿cómo era posible aquello?

Di el encendido, embragué, maniobré para dar la vuelta y emprendí el regreso.

Crimen, un nuevo crimen, el último, y...

El coche dio un bandazo yéndose casi al centro de la autopista y murmuré:

—Cuidado, John, muchacho, o terminarás en la Morgue.

Pero pisaba a fondo una y otra vez, haciendo volar el coche sobre el asfalto mientras que mi mente quedaba vacía de todo pensamiento.

¡Dinah!

¿Cómo pude ser tan estúpido?

Y me dolía, me dolía como nada me había dolido, por lo menos que yo recordara desde que tenía uso de razón.

Nueva York, las primeras calles; doblé el volante hacia la derecha y las cubiertas chillaron lastimeramente sobre el asfalto mientras mis nervios amenazaban jugarme una mala pasada.

Hora: las tres y diez de la madrugada.

Doblé otra esquina, otra más... y casi pisé el freno a fondo cuando me vi frente al edificio donde ella tenía su apartamento, y las cubiertas trazaron sobre el asfalto dos tiras negras cuando lo detuve completamente en seco.

Descendí de un salto.

Mis manos.

Habían matado en más de una ocasión, pero la muerte en las guerras es tan lógica que no cuenta para nada.

Mis manos vacías.

Me acerqué al portal luego de mirar alrededor mío y crucé el umbral.

Silencio.

Miró las luces encendidas del ascensor y luego la esfera luminosa de mi reloj de pulsera. Las tres y treinta y siete minutos.

Tarde, quizá demasiado tarde, y aun así empecé a subir la escalera, peldaño a peldaño, despreciando el ascensor.

Dinah...

El pasillo, completamente a oscuras.

Empecé a tantear las paredes buscando el interruptor del automático de la escalera y lo encendí.

La puerta del apartamento.

Cerrada, y no tenía ni una simple ganzúa, ni un cortaplumas, nada para abrirla.

El corredor, una ventana al fondo.

Corrí hacia ella y la abrí.

La escalerilla de incendios.

Salté al exterior y sin querer mirar hacia abajo donde los escasos coches de aquella hora de la madrugada parecían pigmeos, lentamente, vacilando, me acerqué a la ventana que daba acceso al apartamento.

Cerrada, pero aquello ya lo tenía previsto.

El pañuelo.

Envolví mi mano derecha y golpeé con el puño.

Ruido de cristales que se rompen, pero aquello no me importaba ni poco ni mucho. Por lo menos no en aquellas circunstancias.

La introduje por el agujero y descorrí las fallebas.

Tres segundos más tarde me encontraba en el interior del

dormitorio yendo hacia la puerta, con el oído atento a cualquier rumor procedente del interior del apartamento, preguntándome si me habrían oído o no. No.

Lo supe cuándo hasta mis oídos llegó el rumor de una conversación.

Allí, detrás de aquella puerta que me cerraba el paso hacia el *living*, pero que estaba abierta, que no hacía falta nada más que empujarla un poco para entrar.

Dinah y...

Suavemente empecé a abrirla hasta que conseguí ver el interior.

Dinah, en pie, vuelta hacia el lugar donde me encontraba, con los ojos dilatados por el espanto y los temblorosos labios sin sangre.

Dinah y...

—¿Cree usted que conseguirá algo? Tres crímenes son muchos crímenes.

—Le amo, ¿comprende?

—Sí, por lo menos eso es lo que usted dice... Y... por eso asesinó a Paula, ¿verdad? Un crimen pasional, ¿no? Pero ¿es amor hacia él o ambición?

—¿Qué cuernos quiere decir, maldita zorra...?

Dinah retrocedió un paso.

—No se mueva, ¿comprende?

Se detuvo en seco, mirándola con los ojos desorbitados por el espanto, y aun así continuó:

—Por ambición, por eso mató a Paula, y no por el amor que usted pudiera sentir por John Stillman. Paula le dijo que había testado en su favor, y eso le convertía en el dueño absoluto de casi todas las acciones de la compañía. Era el poder sobre todos, y usted... Bueno, creo que se aprovechó de las circunstancias. Oyó la pelea de John con *miss* Templeton y cómo la amenazaba con matarla y fue entonces cuando ideó hacerlo usted. Luego ya idearía algo más para atraérselo, con lo que los millones de la víctima pasaban de rechazo a usted una vez casada con míster Stillman. Fue así, ¿verdad?

La oí reír y me estremecí.

—Es usted una mujer muy lista, Dinah —respondió—, porque fue exactamente como dice. Les oí como les oyeron varios más y... ocurrió eso. Durante toda la tarde estuve tratando de localizarla

desde la oficina hasta que la encontré en su quinta... y fue Lorna la que estaba de servicio —rió de nuevo, secamente, y continuó—: Lorna representaba un peligro si... si recordaba que fui yo la que quise ponerme en contacto y no ella conmigo como le hice creer a John... por lo que tuve que eliminarla también. —Hizo una ligera pausa que Dinah no interrumpió, para continuar al cabo de breves segundos de silencio—: Ahora voy a matarla, Dinah, porque usted sabe demasiado, ¿comprende? Lo sabe todo y eso no es bueno. Y lo sabe porque Paula nunca tuvo secretos para usted por... por... por algo que no comprendo. Es... lo único que escapa a mi comprensión, con la parte que le dejó de herencia. Eso no me entra en la cabeza. Una parte que muerta usted, Dinah, también pasará a poder...

—Del hombre que va a casarse con usted, ¿verdad?

No lo vi, ya que estaba de espaldas a mí, pero intuí que sonreía antes de responder.

—Sí, Dinah, así es... Sé... que usted le gusta a John, y eso también es un peligro, si no para ahora, sí para el futuro.

Empezó a retroceder y levantó el brazo armado con un arma que tampoco veía yo.

Fue en aquel momento cuando abrí la puerta de golpe y dije:

—Suelta esa pistola, Babs.

Y salté sobre sus piernas justo en el momento en que se volvía hacia mí y la puerta del apartamento se abría dando paso al teniente Brennan acompañado de cinco policías de uniforme.

La primera bala me chamuscó los cabellos y la segunda jamás llegó a dispararse, ya que de pronto me vi rodando de un lado para otro, como el perro y el gato, luchando por apoderarme de la automática y ella por ladear el cañón hacia mí... hasta que de un modo repentino alguien la golpeó por detrás y dejó de forcejear entre mis brazos.

Me puse en pie.

Dinah era atendida por uno de los policías en tanto que los otros se acercaban a Bárbara para colocarle las manillas antes de que recobrase el conocimiento.

Miré alrededor.

Muy cerca de mí, el teniente Brennan me observaba atentamente.

Pregunté:

—¿Cómo llegó tan oportunamente, teniente?

Ladeó la cabeza para lanzar una fugaz mirada a Dinah y acto seguido me miró.

—Ella se puso en contacto con nosotros, cosa que debió hacer usted a su debido tiempo, míster Stillman. Lo hizo esta tarde después de la apertura del testamento y nos contó cuáles eran sus sospechas —me miró fijamente y preguntó—: Dígame la verdad, ¿la noche que asesinaron a *miss* Richardson, que fue en realidad lo que ocurrió entre usted y *miss* Templeton?

Miré a Bárbara; no se movía.

Entonces se lo conté todo para terminar diciendo:

—Supo hacerlo bien. Pasamos la noche juntos y todo continuó de un modo que hacía presumir nuestra próxima boda. Y duele, teniente; duele mucho.

No me contestó, pero sí empezó con otra pregunta:

—En cuanto a *miss*

O'Sullivan...

—Ella era hermana de leche de *miss* Richardson, ¿comprende? Las crió la misma nodriza, fueron juntas a la escuela, hasta que se separaron. Paula era la niña rica, por lo que se quedó en la empresa, y Dinah en Broadway.

Yo... no lo he sabido hasta hace poco. Un par de horas escasas... y fue entonces cuando lo comprendí todo...

No me respondió, yo tampoco añadí nada más, di media vuelta y sin mirar a Dinah ni a Bárbara que ya empezaba a recobrar el conocimiento, abandoné el apartamento y salí a la calle.

Dos días más tarde abandoné Nueva York sin saber a ciencia cierta si regresaría alguna vez.

Jim e Iris Owen tenían plenos poderes dentro de la empresa y el asunto con su Consejo de Administración, en lo que correspondía a mí, estaba olvidado por completo. Callender y Lon Barris...

Bueno, también.

CAPÍTULO VIII

Dinah...

Había pasado un año y a pesar de ello, al oír mi nombre, supe que era él.

Volví la cabeza y miré.

El coche, un coche que ya una noche me llevó a un lugar que yo deseaba y sin saber por qué, y al verle, luché para que en mi rostro y en mi boca no adivinara cuál era mi estado de ánimo en aquel momento.

Avancé sonriendo.

¿Cómo no, si era lo que había estado esperando desde que se marchara de Nueva York?

—John...

Me abrió la portezuela.

—Vamos, sube.

No dudé.

Lo deseaba tanto como pudiera desearlo él.

Arrancó mientras lo miraba en silencio y empezamos a rodar bajo los anuncios luminosos y las luces de la ciudad, en tanto que mi corazón latía como un loco dentro de mi pecho, hasta que pregunté:

—¿Dónde me llevas, John? ¿Éste no es el camino de mi apartamento? ¿Es que vamos al tuyo?

—¿Te importaría si fuera así?

No vacilé cuando di la respuesta.

—No, John, no me importaría nada.

No me respondió hasta un par de minutos más tarde.

—Vamos al distrito quinto, muchacha. Allí hay un juez que es amigo mío, ¿entiendes? Luego sí te llevaré a mi apartamento... pero

será como mi esposa, Dinah.

No... contesté.

No podía, pero a pesar de mi silencio, John Stillman hizo exactamente lo que me había dicho que haría.

FIN

José María Moreno García, nació en Priego (Córdoba) en 1922. Utilizó el seudónimo de Joe Mogar. Empleó otros seudónimos como Alexis Dormunt, J. Mendoza, Alfred Allyson, Clay Duncan, Jesse McGraham, Joe Mogar, Joe Morgan, Pete Salazar, Joseph M. West, y como la mayoría de escritores de novela popular, tocó casi todos los géneros, desarrollando el grueso de su carrera profesional para Bruguera, pero también en menor medida para Toray, Petronio. Manhattan y otras editoriales.